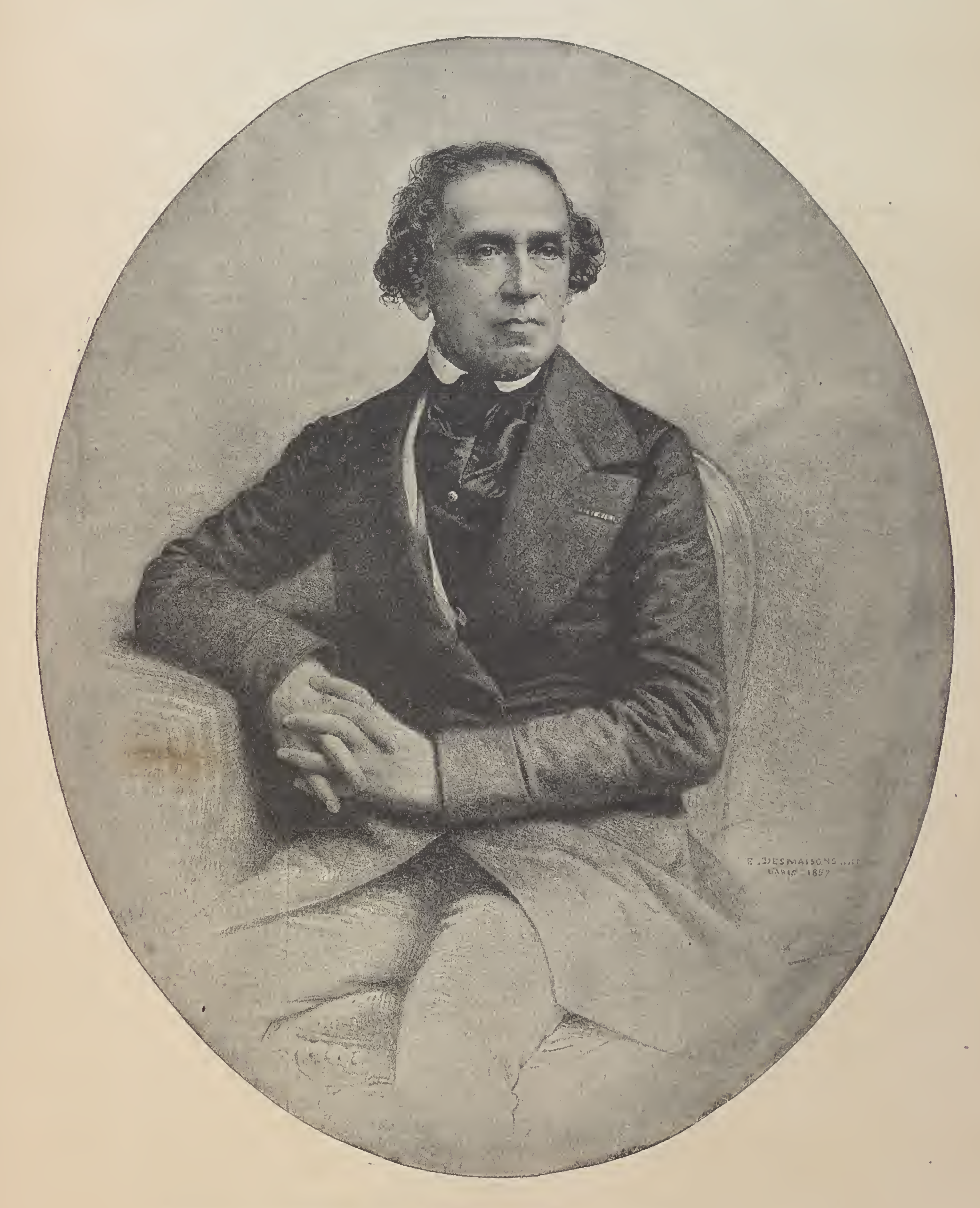
La Ilustracion Artística

AÑO X — BARCELONA 14 DE DICIEMBRE DE 1891 — NÚM. 520

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



JACOBO MEYERBEER, copia de un retrato pintado en 1857 por E. Desmaisons

SUMARIO

LA BELLEZA DEL CUERPO HUMANO

EN EL PORVENIR

En todas partes hay y en todos los tiempos hubo profetas de desdichas.

Los hay que anuncian el fin del mundo: los hay que profetizan el fin del arte y de la poesía. Unos ven ya en las más remotas regiones del firmamento el espantoso cometa que ha de triturarnos con su masa ó que ha de consumirnos en su fuego; que de todas maneras, dado el choque, el fuego es inevitable. Otros saben á punto fijo que el anticristo está para nacer de un instante á otro, según telegrama que han recibido de las caóticas esferas de la nada. Para los últimos, en fin, el anticristo del arte y de la poesía ya nació hace mucho y se llama *la ciencia*: con la ciencia ni hay poesía ni arte posible.

Refiere Mr. Guyán, en un libro del cual ya hemos hablado en estas crónicas, que hace unos cuarenta años y al fin de un banquete en casa del pintor Haydon, el poeta Keats levantó solemne y trágicamente su copa, proponiendo este brindis: «¡Maldición á la memoria de Newton!»

¡Asombro general, que interpretó Wordsworth, pidiendo una explicación antes de que el brindis se consumase! Explicación que el poeta Keats dió en estos términos:

«Pido que brindemos execrando la memoria de Newton, porque él... él fué quien destruyó para siempre la *poesía del arco iris*, convirtiéndolo en un prisma.»

Y todos, convencidos, bebieron *á la eterna confusión de Newton*, que osó explicar el admirable arco de colores por reflexiones y refracciones de los rayos de sol en las gotas de lluvia, convirtiendo en miserables prismas de cristal á las poéticas perlas del espacio, y al sublime fantasma en la prosaica consecuencia de una ley física.

Y la maldición contra la ciencia en nombre de la poesía continúa; y en cambio continúan los desdenes de sabios y filósofos contra poetas, idealistas y soñadores.

Pascal dice que no hay gran diferencia entre el oficio de bordadora y el de poeta.

Y Montesquieu supone que los poetas no son más que fabricantes de adornos, que abruman la naturaleza y la razón con oropeles y lentejuelas como una modista disfraza grotescamente á las mujeres hermosas con los ridículos perifollos de la moda.

Spencer compara la ciencia á la humilde y modestísima *Cenicienta* que se pasa la vida junto al fuego del hogar doméstico, mientras sus orgullosas hermanas lucen trajes de relumbrón en fiestas y saraos tan inútiles como inmorales. Pero al fin, agrega, la pobre Cenicienta muestra que es la mejor de la familia, y así vendrá un día en que la Ciencia reine como soberana.

Vendrá un tiempo, dice á su vez Mr. Renan, en que el ¡gran artista! sea algo viejo, gastado é inútil, y en cambio la ciencia valdrá más y más de día en día.

Si el abuelo de Darwin consagró su vida á componer malos poemas, su descendiente Carlos Darwin, en vez de escribir insulsos versos sobre las bellezas de un jardín, estudia las leyes de la selección natural; con lo que se regocijan con regocijo satánico los enemigos de las Musas.

Y así, y en este compás y con estos fúnebres tonos, continúan los positivistas de la ciencia y los profetas de la ruina y destrucción de la Jerusalén del arte: los poemas mueren, las lenguas se transforman perdiendo pompas vanas y convirtiéndose en cronométrica maquinaria del pensamiento: los cuadros de los grandes pintores se gastan, la polilla está al acecho: Rafael dentro de pocos siglos no será ni un nombre; estatuas y monumentos caen en polvo y sólo la idea científica dura.

¿Qué más? Hasta el cuerpo humano es cada día más *feo*, y en cambio el cráneo es cada día más potente. Los contornos se encogen, los músculos se achican, las curvas redondeadas graciosamente se convierten en ángulos vigorosos, toda la plástica por decirlo así se reseca, y poco á poco el hombre se convierte en un manojo de nervios que van bajo la piel hacia el cerebro por el camino más corto.

Dentro de poco ¿dónde encontrarán modelos los escultores y los pintores para sus estudios al desnudo?

El desnudo, según la Estadística y la Fisiología, es cada vez más imperfecto y más vergonzoso.

Si no es bello es ridículo y es inmoral; y la belleza va aniquilándose en la carne.

Pasaron los tiempos de la estatuaria griega, vociferan los enemigos encarnizados del arte y de la poesía.

Los griegos, dice Mr. Taine, tenían por la pureza de la forma, por la proporción armónica de los miembros, por todas las bellezas desnudas un amor que llegaba hasta la misma adoración: la belleza para el pueblo helénico era sagrada. Sófocles antes de cantar en público un himno á los dioses de la Grecia por la victoria de Salamina se despojó de sus vestidos, se quedó en puras carnes y aun se cree que dió algunas piruetas y saltos más ó menos artísticos á manera de danza; de todas maneras es hecho positivo y averiguado que para mayor decoro del himno y para mayor inspiración echó fuera con desembarazo túnicas y lienzos, mostrando al concurso su bello cuerpo de estatua marmórea.

¡Oh tiempos felices y prodigiosos de la antigüedad clásica, en que los hombres célebres podían presentarse en traje de baño y aun algo menos á las entusiastas y archiartísticas muchedumbres!

¡Tiempos felices en que poetas, trágicos, filósofos, sabios y guerreros estaban modelados como hoy lo están las estatuas de los museos, y así podían, sin temor al ridículo y aun sin temor á las pulmonías, dado lo robusto de su naturaleza, mostrar su torso, sus pectorales y sus músculos todos de brazos y de piernas á la multitud en todas las ocasiones solemnes ó en todas aquellas en que la seriedad del acto exigiese traje de etiqueta!

¡Ya sería fácil que en estos tiempos nuestros de decadencia y mezquindad se presentasen en la plaza pública nuestros grandes oradores, nuestros grandes artistas, nuestros sabios, nuestros generales vencedores en aquel primitivo traje en que Sófocles entonaba himnos en honor de los dioses griegos vencedores en Salamina!

¡Un gran orador parlamentario después de pronunciar un discurso de tres horas, aparecer en el pórtico del templo de las leyes, mostrando al público arrebatado su estatuaria íntima!

¡Un general vencedor, despojándose de espuelas, tricornio, faja y botas, elástica y calzoncillos para entonar ante el altar de la patria el cántico del triunfo!

Moltke pudo vencer á los franceses, pero no hubiese resistido esta prueba.

Y todo ¿por qué? ¿Por ser otras las costumbres? ¿Por decoro? ¿Por honestidad? Nada de eso.

El hombre no se muestra hoy desnudo al público en los grandes actos, y en cambio se cuelga el frac y se aprieta la corbata blanca, no por pudor, sino por miedo al ridículo; porque ya el hombre no tiene en nuestro siglo las proporciones de los Hércules ó de los Apolos, sino ridículos contornos encanijados ó gorduras fofas, aguachonas y linfáticas. Y algo parecido sucede con la mujer, aunque como ésta no ha decaído tanto, algunas bellezas conserva y puede mostrar todavía con cierto orgullo artístico; y esas las muestra, ¡ya lo creo que las muestra!, siempre que llega una ocasión pública y solemne, como por ejemplo, en bailes y teatros, aunque no tenga que cantar los himnos de Sófocles á los dioses de Grecia.

JOSÉ ECHEGARAY

MILAGROS

(CRÓNICA CONTEMPORÁNEA)

A D. José Fernández Bremón

I

Con cómico furor, Alejo, el hombrecito de catorce años, estrujaba entre sus manos la deshilachada gorra cuyas entrañas de algodón asomaban á la superficie como nubecillas en un cielo negruzco.

– Que yo, decía el pillete paseando una mirada de desesperación sobre el corro de granujas que le escuchaba, el primerito en las pedreas, el que por un trampantojo se lía á puñetazos con toos los del barrio, me eche á temblar ante esa mocosuela... ¡Vamos!...

Y aquí el señorito Alejo hacía de la tagarnina que resquemaba sus labios blanco de su coraje, mejor dicho, de sus dientes, parecidos al marfil antiguo.

– ¿Y qué será esto?... Yo no la conocía á eya, eso en primer lugar sea dicho; eya no sabía quién soy yo... y aún no lo sabe... ¡Pa el caso que me hace! Un día entro yo en ca del Sr. Lucas el buñolero. «Adiós, chico, ¿qué traes?» me pregunta. «Naa, le respondo, lo de toos los días: ¡más hambre que Matusalem!.» Se ríe el hombre, me siento yo en una banqueta más arrugaa y pringosa que mi agüela. ¡Plas! ¡Plas!, llamo con la mano. Acude el esmirriao del mozo: «¿Qué va á ser?,» dice. «Lo de siempre; un vaso de á diez céntimos y media ocena de churros.» ¡Me trato yo mu bien!, que es lo que dice tío Redoble: «Pa lo que uno desfruta en el mundo, güeno es alegrar la andorga»... Pus señor, me traen el café y los churros... ¡Me río yo de los servicios de Fornos!... Estaba en mis glorias y el vaho del enjuague me ponía la finosomía mesmamente que paecía que había llorao, y ¿á que no sabís lo que ocurre?... Pus na: entra en el cafetín una chicuela de mi igual, mu arreglaíta y embutía en un mantón color rata... Me queo mirándola con el churro en la mano, asina, como estáutico... ¡Qué ojos se traía y se trae (que á Dios gracias, eya vive pa darme la desazón); negros como dos borrones de tinta china que acaban de caer en un papel, el pelo mu peinaíto; la boca así, más chiquitina que una monea de á céntimo; luego me fijo en el vestío azul y en los zapatines, y me digo: ¿Dónde he visto yo una cosa así?... ¡Ah! Ya caigo: en un altar de San Francisco hay un ángel vestío de chiquilla probe que acompaña á un vejete con muchas barbas y que paece too un santo... Güeno; la chica se queda en medio de la buñolería y mira aquí y mira allá. ¡Había parroquia de largo!... Sr. Lucas va y la dice: «¡Ponte ahí, muchacha!» Y la señala mi mesa. Eya se sienta frente á este cura, y con una voz mu dulce y polida pide un vaso de á cinco céntimos y media ocena de buñuelos... Yo seguía estáutico mirándola, y con el aquel del embobamiento se me va á pique en el vaso medio churro... Y pa que eya echase de ver que era yo finústico pedí cucharilla pa sacarlo. Dimpués, como toa una presona, hice un pitiyo, y ¡hop!, ¡hop!, fumé tragándome el humo y haciendo la mar de monerías; pero eya como si no, chicos. Me miraba con aire de desconfianza. ¿Qué se figuraría de mí?... ¡No, lo que es pa otra vez que me ocurra me traigo futraque y la torre *Infiel* de chistera que tie en el tenderete del Rastro mi señor papá!; porque si le ven á uno vestío de lana le llaman borrego, asina sea hombre de cercunstancias... Terminó la moza su desayuno, pagó, y terciándose con mucha gracia el mantón se largó á la calle «¡Vaya usté con Dios, cachito é rosa doble!,» la digo poco menos que tartamudeando... Ni se rió ni naa; pasó por delante como una reina ofendía. «No, pues tú no te marchas de vacío,» me digo, y salgo tras eya... Y anda que te andarás hecho yo un mudo, la sigo por la otra acera, y dimpués de atravesar el viaduto, calle Bailén y bajar la cuesta de San Vicente, embocamos en el mar, es decir, en el río Manzanares... Allí, cerca de un lavaero, topo con el Pamplingao (ya sabís, ese méndigo que tie en la cara una ventana de menos). «Tú, ¿ónde vas?,» me dice. «A un asunto,» digo. «¿Cuálo?» «¡Ese!» Y le señalo á la chicuela que iba á meterse en el lavaero de la Floría. Pamplingao se ríe, y echando una bocanada de humo que ni la máquina del ferrocarril, va y pregunta: «¿Es tu novia?» «¡Qué ha de ser!» «Entonces, ¿por qué la sigues?» «Pus... por eso... ¡porque me gusta, hombre!» «¡Y á mí!,» dice de formaliá el mu desaugao. Y sigue: «¿Conoces tú á Milagros?» «¿Qué Milagros?» «Pus esa chica, grandísimo topo.» «No.» «Paece cuento; pus eya habita en la calle de la Ruda, dos casas más arriba que tú.» «¿De veras?» «¡Como hay Dios!... Su madre, la señá Quica, es la que lava los trapos á lo mijor de Madrid, y vive en un prencipal.» Y Pamplingao me contó otras historias de la chica,

que si era mu formalita y tal y cual, con lo que me metió á mí en deseos de hacerla mi novia: en risumen, que ya eran las once de la mañana cuando aparecí en el Rastro con el bote de las coliyas más vacío que estógamo de cisante... ¡En un tris, mi padre me tira á la cabeza un chirimbolo!

Aquí hizo alto el caballero granuja en su larga historia; el pelotón de truchimanes que la oía pidió en medio de una gran zalagarda la continuación: accedió Alejo, diciéndoles:

–¡Ahí va la segunda parte, pa que sus enteréis!

II

–Pus señor, que dende tal día tengo yo algo abarquillao el sentío, porque, como cuentan los romances que canta tío Aleluya por las calles, me he enamoricao de Milagros, mesmamente como aquel señor de Roger de la hermosa Blancaflor... La chica vale mucho, ¡vaya!; pero á mí me da mala espina eso de que eya nunca se dé por aludía de mis osequios y destinciones: ¡como si no! Mus vemos toos los días en la buñolería; entra, se sienta, llama al mozo y pide el desayuno; yo la miro hecho un bobo; tomamos el café como dos estautas. Ni siquiera me atrevo á decirla: «¡Por ahí te pudras, pimpollo!,» porque aunque soy mu hombre me queo debajo de la mesa delante de eya. Hay veces que al verla me dan intinciones de cogerla, asina entre mis brazos, y besuquearla, y decirla (¡no sus riáis, que lo digo como lo siento!): «Milagros, drento de pocos años, si tú quieres, mus echarán los latines y demás requilorios del casorio. Tú en el río, yo en el tenderete y Dios por medio; verás qué bien lo vamos á pasar. Quié-



PLAZA DE LAS FRUTAS EN TRIESTE, cuadro de Ernesto Croci



EN BUENAS MANOS ESTÁ EL PANDERO, cuadro de D. Enrique Luque Roselló

eme asina, como novia; y por ti, ¡vamos!,... que ende mañana me güelvo una presona más formal que D. Jeremías, el cura que vive en el segundo de mi casa... y no voy más á las pedreas ni me ajunto con granujas. (¡No sus creáis que lo digo por vosotros; que aunque yo le dijera eso á Milagros, siempre quearía un rato pa divertirme con los amigos!...) Otras veces me pongo más murrio que un peón sin punta... Si yo fuera como Manolo, el hijo del señor Pablito, que gana sus seis riales toos los días en la emprenta, iría á ver á señá Quica y la diría: «Señá Quica...» pues... eso... es decir: «Señá Quica, gano tanto más cuanto y... acétera... ¿me quiere usté dejar que hable con Milagros como Dios manda?» Y eya me contestaría: «Güeno.» Y entonces sí que no me cambiaba por el mesmísimo Papa Santo... ¿Estamos?... ¡Pus no, señor, no estamos!; porque yo, salvo el tenducho de mi padre, no tengo sobre qué caerme muerto, ni sé pizca de letra, ñi jota de arizmética... ¡y eso que cuento too por los deos! Cualsiquiera va con tales cantinelas á señá Quica ni dice palotada á la mocosa!... ¡No serían calabazas, que digamos! ¡Que no digo naa, ¡ea! Y el caso es que los días caen como agua y Milagros va aupa y está guapa de suyo, que es un gozo. Ya lo veréis: el día menos pensao, cualsiquier señorito le hace el amor por too lo fino, y... ¡adiós, Alejo! ¡Que sí, hombres, como lo cuento! Y lo pior no será pa eya, ¡quia!, que al fin es muchacha que por sus hechuras pue ser algo, sino que... yo... (pero no se lo digáis á naide) la quiero... tanto como á mi madre, ¡y eso que ésta es pa mí la primer mujer del mundo!...

III

Como siempre acontecía en las primeras horas de la mañana, el cafetín del Sr. Lucas encontrábase en todo su apogeo. Poblaba el estrecho recinto una nube humosa, pesada, asfixiante, en cuya formación tenían parte las bocanadas de humo de tagarninas y tabaco malo que consumían los parroquianos y aquellas espirales de vaho grasiento que se escapaban del fondo de la caldera en donde se freía la masa; amén de esto, que á los profanos causaría extraña picazón de ojos y garganta, el hálito de las respiraciones y el olorcillo nada grato que exhalaban los cuerpos y vestimentas de los allí congregados, gente pobretona, enrarecían el poquísimo aire respirable en tal sitio. A intervalos colábase por la entornada puerta de cristales una ráfaga de viento procedente de la calle. Oscilaban las luces del gas y bamboleábanse caprichosamente las nubes humosas replegándose al interior de la tienda. El cafetín del Sr. Lucas tenía luenga fama, y á él acudían como moscas los vecinos del barrio de los Estudios: el mobiliario del establecimiento acusaba en su dueño una gran indolencia, y así las banquetas estaban desvencijadas, pringosas, las mesas cojitrancas, caído el barniz y recubriendo la madera una capa sucia de mugre: los vasos, platos y demás del menaje, desportillado y roñoso: el aspecto total de la buñolería repugnaba: sus paredes ahumadas y grasientas y su techo barnizado por el hollín la acercaban á vetusta cocina de pueblo no enjalbegada en muchos años más que á público establecimiento en la corte. «¡Pa los duques y condesas que aquí vienen!...» replicó Sr. Lucas en cierta ocasión á un parroquiano que le echó en cara aquel descuido censurable.

En verdad que la concurrencia mediocre que allí acudía no era cosa mayor para gastarse unos cuantos duros en ofrecerla comodidad y aseo. Y si alguien dudase del aserto del Sr. Lucas, no tenía más que asistir á la tienda cuando comienza á clarear el alba: vería una porción de mujeres sucias y desgreñadas, lavanderas de oficio, tomando la «mañana,» mejor dicho, una copa de triple ó «tiple» anís, que dicen ellas; un pelotón de muchachas alegres, que sazonan su charla con dichos y desvergüenzas aprendidas en el corredor ó en el arroyo; todas llevan cruzado al pecho el mantón color ceniza, y sirven de marco á sus rostros, paliduchos los más, los pañuelos de seda regalados por «ese»; *ese* es el novio, el amante ó el marido; son cigarreras que antes de ir á la fábrica se desayunan con un vaso de la achicoria dulce, disfrazada con el agua blanca ó leche mentida de oveja: en tal mesa, cuatro albañiles; en cual otra, dos viejas que tienen á sus lados sendas cestas de «escarolita la nieve,» «coliflor pa el huevo» y «pimientos riojanos;» allí en un rincón, una maritornes y un hijo de Marte: es el dúo militar que se interrumpe á veces por el prosaico ruido que producen los buñuelos al ser triturados por los dientes; formando rancho á parte, unos chicuelos de desarrapado empaque, que parlan á un mismo tiempo y ríen de corazón las simplezas que se les ocurren; en un velador, un sereno, chuzo entre piernas, y un municipal, éste echando pestes de la «cosa pública» y aquél ejerciendo de gacetilla escandalosa del barrio; solo en una mesa, un mozo de cordel con *El Imparcial* á dos dedos de los ojos deletrea que deletrearás con voz velada y trapajosa los sucesos del día; allí, en comandita, unos individuos, grandes súbditos de la Corte de los Milagros, que lo mismo sirven para pintarse llagas y fístulas en los remos, que para mancárselos... de mentirijillas; y por último, entre la gente del bronce, la libélula del vicio, la última y más triste nota que surge del concierto social... ¡Pobre mujer! Abandona el burdel con el último amante de una noche y va á refocilarse á su costa con el humeante líquido que despachan en la buñolería.

Con muy pocas variantes, tal es la parroquia fija que llena el cafetín del Sr. Lucas; la otra, la de paso, compuesta en su mayoría de criadas de servir, horteras, artesanos, mendigos y gente de poco más ó menos, arma un baturrillo grande en el tinglado que se levanta en la puerta de entrada. La mujer del Sr. Lucas, una jamona fresca, con carrillos que parecen tiznados de bermellón, no se da punto de reposo en el trajín de servir á tantos como de continuo la asedian con sus pedidos de «medias copas,» vasos de café, churros, tortas y buñuelos. Unid al ruido que se produce en la avanzadilla del establecimiento, aquel otro, estruendoso, que en el interior del mismo forman las conversaciones en voz alta, la interjección brusca, el palmoteo de los impacientes, el sonar de las monedas en el mármol del mostrador, el eterno «¡Va en seguida» de los mozos, y por último, el chirriar del aceite que se requema en la caldera, y semejante á tenue silbido, el hervor del café metido en una zafra de hoja de lata con espita y hornillo debajo, y tendréis una idea del cafetín de los barrios bajos, que al romper el alba se ve lleno de gente que en sí representa la última estofa que pulula en las grandes capitales.

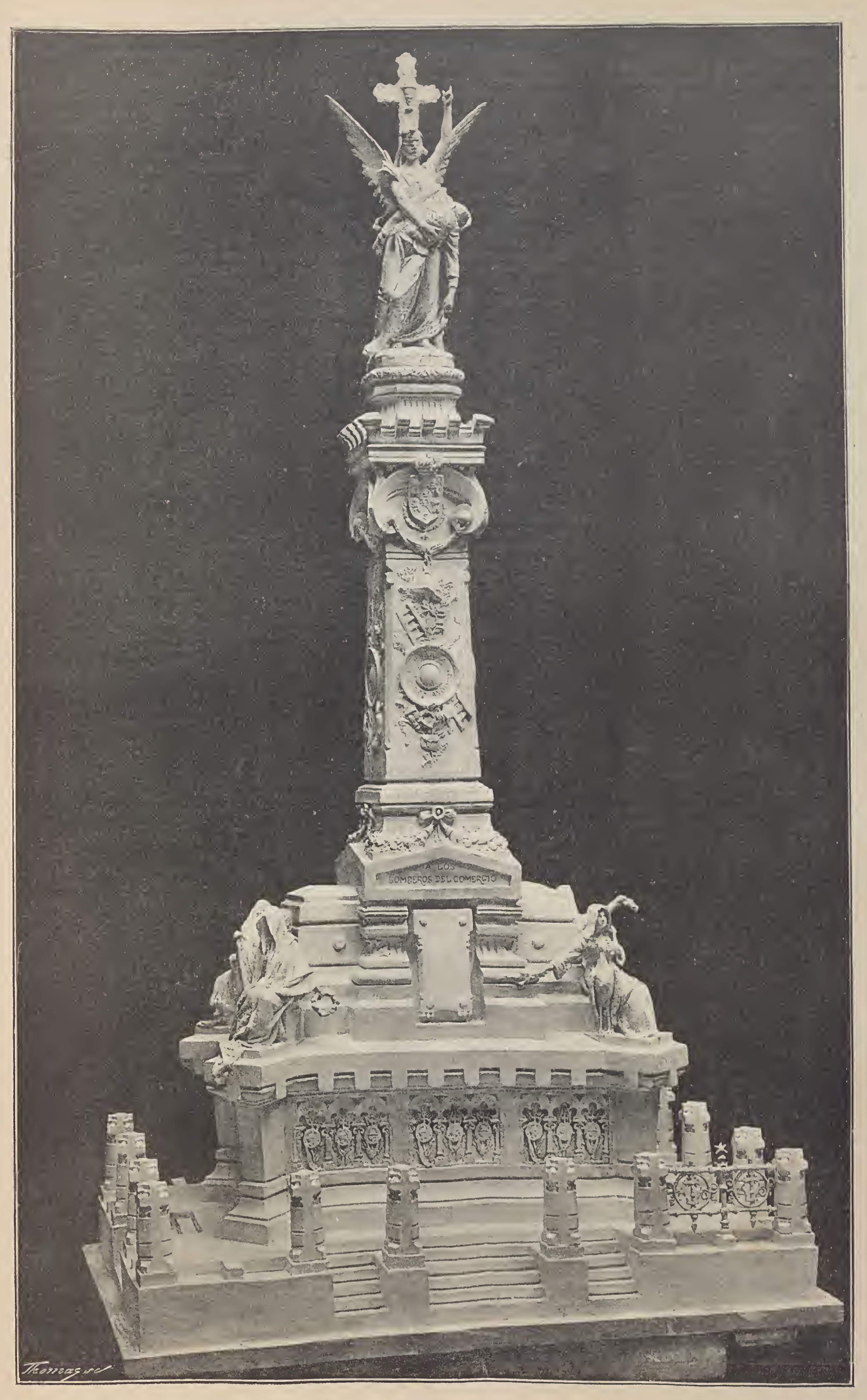


Alejo penetró en la buñolería, y después de pasear una mirada inquisitorial sobre el heterogéneo concurso, fué á sentarse en una banqueta y apoyó los codos en la mesa aquella que por espacio de muchos días sirvió de testigo paciente en el idilio de amor más puro y hermoso que pueda registrarse en las crónicas truhanescas de la hampa madrileña. Surcaba la frente del héroe una profunda arruga, y en su rostro, tostado por el sol y ennegrecido por la intemperie, había en aquella mañana un no sé qué de contrariedad é inmensa amargura. «No ha venido aún Milagros... Y con este ya son tres los días que no la veo,» mascullaba el chicuelo consigo mismo. Y sus ojos clavábanse con insistencia en la puerta de entrada é iban á fisgar el trozo de calle desde tal punto visible... ¡Por Dios, y cuánta melancolía se apoderó del espíritu del mozo ante esta negativa de la suerte!... Y Alejo, el granujilla riente y chistoso, el inventor de maulerías, frases y diabluras, halló el cafetín en semejante día apestoso é infernal. De un solo trago tomó el contenido de su vaso, sacó del fondo de la faltriquera una porción de tabaco que lió en un papelillo de fumar, encendiólo y quedóse pensativo, la cabeza apoyada en la palma de la diestra mano, mirando absorto el vagar del humo de su cigarro que iba á estrellarse blandamente en el techo. «¡Va! No viene, no viene,» repetía con amarga convicción. «¿Estará enferma?» Y al hacerse esta pregunta, sintió tristeza y juraría que sus ojos se le enturbiaron por las lágrimas.



MANIOBRAS DE ARTILLERÍA, cuadro del pintor militar D. Román Navarro

(Véase lo que dijimos acerca de este artista en el núm. 513 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA)



Mausoleo que ha de erigirse en la Habana en honor de las veintiocho víctimas del incendio ocurrido en aquella ciudad el 17 de mayo de 1890

Obra de los Sres. D. Agustín Querol, escultor, y D. Julio Zapata, arquitecto, que obtuvo el primer premio en el reñido concurso verificado en dicha capital

Pagó el gasto hecho, y en vez de dirigirse al centro de la corte, su campo de operaciones, se internó en la calle de la Ruda y estuvo, como amante en acecho, rondando la casuca en que habitaba la señora de sus pensamientos. Pugnaban en Alejo la ansiedad de inquirir noticias de Milagros y el reparo de que al verle de tal traza y catadura se riesen de



RETRATO, por Alma Tadema

él y no le dieran razón de lo que tanto le interesaba... Perplejo y vacilante, optó por ir al río: «Acaso haya madrugao estos días más que yo,» se dijo. Y enfiló camino del lavadero. No vió en las bancas á señá Quica, y apesadumbrado, volvió de nuevo á la calle de la Ruda. «Vamos á ver, ¿y qué digo yo á la portera?,» se preguntaba todo medrosico. Y como si hallase solución al aprieto, sonrióse y penetró resueltamente en el portal. Paróse ante la Argos, una viejecita enclenque y feúcha, que entretenía sus ocios en hacer calceta.

– ¿Qué quieres aquí, muchacho?, preguntó con voz de enfado.

– ¿Está señá Quica?

– ¡Sí, en el otro mundo!, replicó con sorna brutal la portera.

– Señora, no vengo pa guasas, ¿está usté? Pregunto por señá Quica, porque mi madre me ha mandao á recoger la ropa que eya tiene pa lavar.

– Pues hijo, añadió la viejecilla más afablemente, tan cierto como ahora hay luz, que señá Quica se murió de dolor de costao, mismamente hoy hace tres días.

Alejo á tal noticia sintió un estremecimiento y balbució:

– ¿Y su hija Milagros?

– ¡Qué sé yo! Vinieron unos parientes y se la llevaron.

– ¿Y no sabe usté dónde vive?

– No, no me han dicho ni palabra.

– ¡Está güeno!, murmuró Alejo con voz en que había muchas lágrimas.

Sombrío, triste y desesperado, giró sobre sus talones, y sin decir palabra salió del portal y fuése á su casa. Se encerró en el zaquizamí que le servía de alcoba, tendióse en el catre y sollozó.

¡Acababa el pobre mozo de ver rasgarse la nebulosa de su grande amor hacia Milagros!

IV

Entre los feligreses de la parroquia de San Cayetano tiene el padre Gómez gran predicamento: dicen de él que, á pesar de ser tan joven, es un santo y un sabio, y á él acuden de bonísima gana cuantos han menester, ya de los socorros de la flaca naturaleza, ya de los auxilios del espíritu. El tal padre vive modestísimamente en un piso principal de la calle del Amparo; y si á su ama, una señora viuda con más edad de la que los cánones marca á las mujeres para servir á sacerdotes, preguntáis por la vida y milagros del cura, después de deciros hasta la saciedad que dicho señor es un modelo de virtudes y que nada de lo que tiene es suyo por ser todo de los pobres mendicantes que de continuo llaman á su puerta; después de ensalzaros el clarísimo talento y gran ciencia que el padre Gómez atesora; hecho el encomio de sus sermones, que tan grande como justa fama le han conquistado, os dirá que todo ello resulta un grano de anís ante la fuerza de voluntad que el sacerdote ha desplegado para llegar á tal punto, dado que todo lo que es lo debe á sí propio, sin que jamás el favor de nadie le haya servido de escalón para alcanzar sus miras é ideales.

Y si intimáis con el ama, señora de suyo comunicativa y parlanchina, os relatará en medio de una admiración perpetua la odisea del padre Gómez, el sacerdote más querido que paseó manteos por la calle de Embajadores. «Padre Gómez fué en sus mocedades colillero, dirá misteriosamente. Se enamoró de una chicuela del barrio que hacía de él tanto caso como yo del moro Muza. Un día no la vió más, y entróle al pobre chico tal morriña, que anduvo alicaído una porción de tiempo pensando en la mocosa que tal le había puesto la mollera Una tarde vagaba el mozo por los alrededores de un convento de jesuítas; salió de tal sitio un fraile con tan mala fortuna, que al ir á bajar una de las gradas del pórtico resbaló y cayó cuan largo era. Alejo, es decir, el hoy padre Gómez, acudió en su auxilio, metiéndose con él en el convento. Gustó á la comunidad el acto caritativo del granujilla, y después de obsequiarle largamente, uno de los jesuítas le dijo: «Muchacho, el día que quieras hacerte hombre de provecho ven por aquí.» No echó en saco roto la advertencia. Alejo, que, como va dicho, había perdido su natural alegre y expansivo, tornó al convento á los dos meses y dijo al jesuíta que salió á recibirle: «Vengo á que me hagan ustedes hombre, porque ya estoy harto de ser un vago y no servir para nada.» Pues hijo, con tan buen pie entró, que los jesuítas le dieron los estudios necesarios, inclinando su voluntad á que se ordenase de sacerdote, y ahí le tienen ustedes hecho un santo que no hay más que ver.»

Si tal relato aguijonease vuestra curiosidad y trataseis de ahondar en el alma del padre Gómez, el ama, siempre complaciente, os manifestaría que D. Alejo nunca trae á colación aquellos sus amores que le han transformado de vagabundo en dignísimo sacerdote: únicamente recordando esto, atrae á cuantos granujas halla al paso y los exhorta á que abandonen la senda viciosa que ningún beneficio ha de traerles y sí el desprecio y odio de la sociedad.

Conque ya sabéis quién es el celebérrimo padre Gómez.

V

El rayo de sol que atravesaba los cristales de colores de la ventana del coro caía de lleno á los pies del altar mayor, y con sus tonos violáceos y azules arrancaba antes plácidos reflejos á la corona y lentejuelas de oro de la Virgen del Amor Hermoso, colocada cerca de la barandilla en un artístico templete; el humo embalsamado del incienso subía tenue, esparcíase por las naves é iba á envolver en nubes blanquecinas al Cristo emplazado á la cabecera del altar. Las luces de los cirios y las velas contrastaban grandemente con la vaga claridad que poblaba el sagrado recinto... Temblequeaban sus pábilos y las lucecillas de las lámparas oscilaban...

Salió de la sacristía el padre Gómez recubierto con las vestiduras sacerdotales; detrás marchaba un monaguillo conduciendo el misal y las vinajeras.

En la grada del altar veíanse arrodilladas cuatro personas: eran unos novios y sus padrinos. Resultaba una nota alegre el pañolón de Manila rameado sobre fondo blanco que se ceñía al arrogante torso de la novia... Comenzó la representación del santo sacrificio de la misa. Era domingo y el templo se veía lleno de fieles; el pueblo arrodillado semejaba una masa negra y compacta á cuyo frente aparecía padre Gómez envuelto en nubes de incienso; oíanse claramente las frases latinas que llenas de unción pronunciaban sus labios y á intervalos el monótono silabear del monaguillo, y como rumor de colmena el mascullar de rezos, las conversaciones á media voz que entre sí traían las beatas, y aquí y acullá las toses, ya débiles, ya roncas, de los fieles y algún que otro lloriquear de los niños de pecho; dominándolo todo y con desesperante monotonía la voz aguda del sacristán, que abriéndose paso por entre las filas de concurrentes, llevando en ristre el cepillo, murmuraba: «¡Para las benditas ánimas del purgatorio!» Y oíase el caer de las monedas en el fondo de la caja, arrancando de ella una nota metálica que llenaba de rumoroso eco las naves.

. . . .

Fué cosa extraordinaria y de la que nadie pudo sospechar el cambio brusco que se operó en el plácido rostro del padre Gómez cuando hubo de volverse hacia los de la boda: sus ojos tuvieron una llamarada de anhelo y sorpresa indescriptibles: sus labios temblaron perceptiblemente, palideció su rostro, y como presa de extraña temulencia manifestóse torpe al cubrir con el yugo á los contrayentes... Al preguntarles las frases de ritual, sus palabras parecían salir atropelladas por una emoción inusitada... Los novios y padrinos, hondamente preocupados por lo solemne de la ceremonia, apenas si pararon mientes en la agitación cada vez mayor del pobre cura.

***

Terminado el acto nupcial, padre Gómez internóse apresuradamente en la sacristía, corrió hacia el libro de «Matrimonios» y hojeóle con febril impaciencia.

Un monago que allí andaba colocando en su sitio los ornamentos sagrados le oyó decir estas palabras, que eran la expresión fiel de un afecto grande que revivía al cabo de muchos años:

– ¡Sí, es ella!... Milagros... la hija de «señá Quica.»

***

Es fama que desde aquel día padre Gómez se muestra más taciturno y sombrío. A veces el recuerdo de Milagros y sus ilusiones de niño, que han venido á trocarse en las frialdades del sacerdocio, le arrancan un estremecimiento de ansia amorosa que el pobre cura ahoga con un poderoso esfuerzo de voluntad inquebrantable...

La gente del barrio, siempre que del padre Gómez se habla, dice respetuosamente:

– ¡Es un santo! ¡Cuando muera irá derechito á la gloria!...

Alejandro Larrubiera

EL FANTASMA

I

¡Qué época la del año de 183...! Fué la última de tranquilidad que hubo en España. Los *negros*, es decir, los liberales, decían que aquello era la paz de Varsovia; pero lo cierto es que desde la feliz restauración del trono del señor rey D. Fernando VII, ya en sus postrimerías, el país estaba como una balsa de aceite. Entonces todavía había creencias arraigadas, no convencionales como ahora, y por consecuencia el carácter nacional tenía colores tan pronunciados que parecían esculturales. Entonces todavía se creía en Dios, en el rey, en los endemoniados, íncubos y súcubos; y chicos y grandes sabían á qué atenerse y esperaban con paciencia su parte de eter-

nidad. Las conciencias y las costumbres tenían misterios y los masones servían por lo menos para espantar á las gentes timoratas.

Hoy todo se va perdiendo en una nivelación universal, que al cabo de algunos siglos degenerará en monotonía desesperadora.

Madrid, sobre todo, se va *civilizando* estúpidamente.

¿Qué se ha hecho de aquel Madrid lleno de iglesias, conventos, alcantarillas, manolas, chulos, guardias de Corps y otras zarandajas? ¿Dónde están las peinetas, mantillas de encaje, basquiñas, capas mujeriles bordadas de colores, medias caladas y zapatos de tabinete de cruzadas cintas? ¿Dónde están aquellos soldados que como el titán llevaban un mundo sobre sus hombros, al llevar morrión con plumero, corbatín, charreteras, mochila, sable, cartuchera y bayoneta? ¿Qué se ha hecho de aquellos frailes, abates, petimetres, toreros con chupa y chivata, consejeros de Castilla con guirindola de encaje y covachuelistas cargados de oro y pedrería?

Pero en fin, la parte exterior es lo de menos. Ahora tenemos otras cosas tan ridículas, pero más variadas: por cada petimetre hay cien gomosos, por cada manola mil *cocottes*, por cada consejero de Castilla diez diputados que *rajan* de lo lindo, y por cada iglesia derribada veinte cafés, colmados y cervecerías.

Hemos ganado en extensión del planeta, pero hemos perdido el cielo, que cuanto más le aproximamos por medio de nuestros telescopios, más se va alejando de nosotros.

Hemos perfeccionado la almilla, pero nos vamos quedando sin alma. Y ya sin alma, nos hallamos reducidos á átomos, con el solo privilegio sobre los demás animales de poder pensar que más ó menos pronto caeremos en la nada del pensamiento.

Esta digresión casi filosófica no ha sido inútil para que el lector pille al vuelo la parte psicológica de este verídico relato, cuyo protagonista, anticipándose cincuenta años por lo menos á su época, hallábase en ese estado de átomo de que acabo de hablar.



SAFO, estudio al óleo de Carlos Gehrts

En efecto, Juan de Arévalo (se apellidaba así, no porque fuese natural de esta población, sino porque tal era su apellido) era un joven de veinticuatro años de edad, que se creía librepensador consumado. Tenía un buen patrimonio para aquel tiempo en que aún no se había subido el precio de las localidades de las plazas de toros, ni se conocían calcetines á veinticinco pesetas el par; y desde que murió su padre, como hijo de viuda campó por su respeto, haciendo un viaje desde Arévalo á París, lo cual entonces era casi tan trabajoso como el ir hoy día desde Cuenca á la China. En París aprendió bastante mal el francés, pero lo bastante para leer á los enciclopedistas, que por segunda vez hacían furor, y á los que no había podido leer en España, en donde sus obras estaban prohibidas. Cansóse de Francia, volvió á España, pues era español neto, y cansóse, no porque París no le gustara más que Arévalo, sino porque allí no hacía ningún papel y en Arévalo era una notabilidad. Desde su viaje al extranjero, no fué ya sólo notabilidad, sino oráculo. Sus paisanos decían que tenía pico de oro. Sin embargo, muchos de ellos esquivaban su trato, porque les asustaban ciertas ideas de Juan.

Había sido éste religiosamente educado por sus padres, que fueron chapados á la antigua española, y desde la edad de nueve años su mayor placer era ayudar á misa, con conatos quizá de poder celebrarla algún día; pero ¡vean ustedes lo que labra el tiempo, la edad y los viajes al cerebro de Europa! Juan de acólito habíase transformado, como queda dicho, en librepensador.

El joven volteriano (Voltaire era su autor predilecto) era juicioso, y como su manía era brillar y ser escuchado, nunca había estado en Madrid, en donde presentía que, como en París, no haría papel. No seguía ninguna carrera ni se dedicaba á nada, como



LAVADERO EN ALCALÁ DE GUADAIRA, cuadro de D. Juan García Ramos



DESCANSO DURANTE LA FUGA A EGIPTO, cuadro de Murillo, existente en el Ermitage imperial de San Petersburgo

hubiera deseado su madre, no porque lo necesitase, sino porque ella creía que el notable talento de su hijo debía ser aprovechado. He aquí los inconvenientes de las épocas de atraso: en la actualidad, Juan hubiera podido pronunciar magníficos discursos en el Congreso, pidiendo la separación de la Iglesia y del Estado.

II

Juan se trasladó á la corte de España por el siguiente motivo.

Un hermano menor de su madre emigró á América casi niño, inducido por no sé quién, y hacía treinta años que ni en Valladolid ni en Arévalo, en cuyas dos poblaciones tenía familia, nadie sabía de él. Los indianos de aquellos tiempos eran así, misteriosos, y gustábales regresar á su patria por sorpresa, abrumados de dinero; y esto sucedió con D. Pedro de Henestrosa, indiano perulero, puesto que había hecho su fortuna en el Perú explotando una empresa de guano; y por esto la madre de Juan recibió una carta inesperada en la que aquél noticiaba á su hermana que había llegado á Madrid, donde pensaba establecerse y en donde les invitaba á pasar una temporada en su compañía. Bien hubiera querido Doña Casilda (este era el nombre de la buena señora) complacer á su hermano, á quien hacía tantos años que no veía y que era tan rico, como él mismo confesaba en su carta; pero sus achaques de reuma perpetuo hiciéronla aplazar el viaje para cuando pasase el invierno, que entonces comenzaba. Para Juan, joven y robusto, no existía este inconveniente, y su madre le rogó fuese á Madrid á saludar y conocer á su tío y prima; pues se me ha olvidado decir que el indiano era viudo y tenía una hija de diez y siete años de edad. Tal vez Doña Casilda pensó en que los primos podían agradarse y en la boda consiguiente.

Juan, complaciendo á su madre casi de mala gana, se trasladó como he dicho á la corte, y á fe que no le pesó, no bien hubo llegado; pues hallóse en su tío un hombre simpático y campechano, y en su prima, la joven Inés, una indianita que habíase traído en sus ojos toda la luz del sol americano.

D. Pedro Henestrosa había comprado y se había establecido en una casa, hermosa para aquel tiempo, situada en la calle del Nuncio...

El lector no comprenderá que un hombre rico y acostumbrado á las claridades americanas hubiera podido meterse en tan sombría callejuela; pero el lector debe tener en cuenta que el Madrid de entonces no era el Madrid actual, y además que aquella barriada de San Pedro era en aquel tiempo una especie de arrabal de San Germán de Madrid. En aquel recinto, que comenzando en Puerta Cerrada terminaba en las afueras de la población, agrupábanse entonces grandes casas solariegas y aristocráticas, entre las que pueden citarse las de Bélgida, Maceda, Revillagijedo, Javalquinto, Villafranca é Infantado. Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que D. Pedro el indiano vivía en la calle del Nuncio con su hija, dos criados peruanos, un ayuda de cámara alcarreño afinado, una doncella madrileña, una cocinera vizcaína, un cochero asturiano y un lacayito gallego. Porque D. Pedro, á fuer de indiano respetable, apenas llegado á Madrid *se echó un coche* de aquella época, tirado por mulas, en una de las que iba montado el cochero, calzado con botas de montar, con trasera para el lacayo, que se colocaba en ella de pie, y con una banquetita que se zangoloteaba colgando en la parte posterior del vehículo y que servía para subir y bajar de éste. Además de los seres racionales que he mencionado, D. Pedro tenía en su casa algunos animales: conejos en un patio jardín, un mono muy travieso cautivo en el zaguán, un galguito inglés de su hija y en el estrado un papagayo muy dicharachero. El buen señor ofreció á su sobrino hospedaje en su casa, aunque no con insistencia, por no considerar enteramente correcto el que un joven guapo y despabilado viviera bajo el mismo techo que su hija; pero el joven de Arévalo no aceptó la oferta, aun cuando le hubiese agradado habitar cerca de su prima, y fuése á vivir al fin de la calle de las Tabernillas en compañía de un primo suyo de Arévalo, estudiante en Madrid.

Aparte de sus ideas volterianas, Juan era un muchacho expansivo y se enamoró muy pronto de su prima Inés, por la que fué correspondido; y D. Pedro, aunque observó en seguida este amorío, hizo la vista gorda, por no parecerle inconveniente; lo cual fué una fortuna para el joven librepensador que, entretenido con aquél, libróse de ingresar en la masonería, cual era su proyecto.

Aunque D. Pedro hubiese *echado coche* por comodidad, era un hombre llanote y poco amigo de lucir y sí mucho de descansar de las fatigas que le había costado su fortuna. No pretendió adquirir relaciones y se limitaba al trato de algunos amigos de la infancia, valisoletanos como él, establecidos modestamente en Madrid, entre los cuales eran los más íntimos un tal D. Lesmes, que tenía una botica al final de la calle de la Concepción Jerónima, y otro tal D. Jerónimo, dueño de una tienda de paños situada en los portales de la de Toledo, anexos á la plaza Mayor, que aún no ostentaba la lápida constitucional. Después de haber visto en compañía de su hija lo mejorcito que había entonces en la villa y corte y de haber asistido una tarde á la salve de Atocha con objeto de conocer á la familia real, estableció el buen indiano una vida muy retirada y metódica, permaneciendo casi siempre en su casa, excepto las tardes que hacía buenas, que solía pasear, á pie ó en coche, con la joven Inés por la Ronda ú otras afueras y pocas veces por el Prado ó Recoletos. Al anochecer tomaba chocolate con roscón y bollos de la tahona de Jesús, á cuyo refrigerio solía convidar á sus habituales tertulianos, que eran el boticario y el pañero susodichos.

Debo advertir á los lectores jóvenes que, según costumbre de aquel tiempo, D. Pedro comía á las dos de la tarde, y que por consiguiente el chocolate crepuscular era un *piscolabis* intermedio entre la comida y la cena.

La tertulia del bueno del indiano era bastante sabrosa. Allí, al amor de la lumbre de una chimenea francesa (¡cosa rara en aquel tiempo!), los antiguos amigos valisoletanos recordaban las travesuras de su juventud y los trabajos que habían pasado para asegurarse el bienestar en la vejez. D. Pedro, con sus narraciones de América, pintorescamente exageradas, por supuesto, y D. Lesmes, que era muy hablador y bromista, que había hecho su carrera farmacéutica como estudiante de la tuna, llevaban el peso de la conversación. Sin embargo, tampoco el pañero de la plaza Mayor se quedaba atrás, poniendo á la reunión al corriente de los sucesos del día. Tenía un primo ujier de la Casa Real, y por él estaba enterado de las intrigas palaciegas. El infante D. Carlos habíase ya declarado en rebeldía, y el regio alcázar era un hervidero de camorras por la debilidad de carácter del rey, que fluctuaba entre los amigos del antiguo régimen, partidarios de la ley sálica (recientemente abolida) y la imposición de la reina Cristina y de la impetuosa infanta Doña Luisa Carlota. Además D. Jerónimo, ó sea el pañero, era devoto y miembro de varias cofradías y estaba enterado de los acontecimientos de conventos y sacristías.

III

Como los librepensadores suelen ser, cuando jóvenes, algo libres y desordenados en sus costumbres, es indudable que Juan de Arévalo se hubiera descarriado en Madrid, á no encontrar una familia tan simpática y una primita tan agradable. Embebecido en sus amores, fué juicioso á carta cabal, resistiendo á las seducciones galantes y político-filosófico-sociales que entonces ofrecía la corte de España, agitada ya por las ocultas convulsiones de la próxima revolución; así es que los echadizos agentes masónicos que vinieron á solicitarle perdieron el tiempo, y eso que le ofrecieron el ingreso en la orden á mitad de precio de entrada. Estaba verdaderamente enamorado de su prima, la cual, como toda americana que sale fina, tenía mucho gancho, y casi no se acordaba de Voltaire. Pasábase en casa de su tío todo el más tiempo que podía, y excusado será decir que era el más asiduo tertuliano de la casa de la calle del Nuncio. Bien hubiera querido el amoroso joven constituir él solo la tertulia de su tío; pero tenía que resignarse á los demás comensales, no sin sufrir algunos berrinches interiores por lo mucho que érale forzoso reprimirse. Tenían todas aquellas personas chapadas á la antigua ideas tan opuestas á las suyas, que le atacaban los nervios. Costábale trabajo el no saltar de la silla cuando oía decir á D. Jerónimo que la Compañía de Jesús era el misterioso faro que guiaba á la humanidad á la felicidad celeste y terrena; pero Juan era discreto y procuraba no asomar la oreja de librepensador, aunque haciéndose mucha violencia. Comprendía que se hallaba sobre un volcán religioso y realista, que la menor imprudencia suya podía poner en combustión. Tenía dulces compensaciones que hacíanle sobrellevar sus contrariedades, viendo á su prima mecerse en su silla á la americana, enseñando sus piececitos y abrasándole de vez en cuando con sus negros ojos de matadora.

Con quien más simpatizaba de sus tertulios era con el farmacéutico, por el carácter de éste, amable y franco, y por cierta gracia pintoresca que tenía, aun hablando de asuntos serios y científicos; como por ejemplo, al ocuparse de un específico que estaba inventando contra las afecciones del hígado, basado en las propiedades del *Oleum serpentorum*, ó sea aceite de alacranes. Algunas veces cuando salían de la tertulia, el joven de Arévalo, dando un rodeo para ir á su casa, acompañaba hasta la puerta de la suya al boticario, y en aquel trayecto se desahogaba algún tanto de la bilis que habíanle hecho tragar, sobre todo el místico pañero D. Jerónimo, que como ya se ha dicho, estaba saturado de milagros y cofradías. Una noche, poco después de reunida la tertulia, dijo D. Pedro:

– ¿Saben ustedes la gran novedad del barrio?

– Me la figuro, Sr. D. Pedro, contestó el comerciante en paños. ¿Alude usted al fantasma?

– Precisamente.

– ¿Qué fantasma?, preguntaron á dúo Juan é Inés, que se incorporó en su mercedora.

– Un fantasma estupendo, prosiguió diciendo el indiano, que según noticias ha hecho su aparición en estos barrios hace dos ó tres noches.

– Bien le ha calificado usted de estupendo, señor D. Pedro, dijo entonces el boticario; pues por lo que me ha contado mi dependiente, no se ha conocido otro igual en Madrid, con haber habido tantos.

– ¿Pues qué tiene de particular?, preguntó don Jerónimo. ¿Será más temeroso que el que se presentó hace años en la calle Ancha de San Bernardo, que llegaba con la cabeza á los tejados?

– Morrocotudo fué aquél, observó D. Lesmes, y no menos notable el que apareció posteriormente en el Barranco de Embajadores, que se disolvió en las nubes á fuerza de exorcismos; pero el actual es de un tipo nuevo y extraordinario.

– ¿Pues qué tiene?, preguntó la americanita abriendo desmesuradamente sus grandes ojos.

– Tiene una particularidad que no se ha observado en fantasma alguno. Generalmente esta clase de aparecidos no promueven ruido, y sólo alguna que otra alma en pena ha solido proferir gritos y exclamaciones ininteligibles...

– Y bien: ¿qué hace éste? ¿Habla? ¿En qué se diferencia?

– Repito que todos los fantasmas han sido silenciosos, como verdaderos espectros que son; pero el actual...

– Bueno: ¿qué?

– El actual, según informes de mi dependiente, unas veces se desliza sin ruido y otras arrastra una cadena.

– ¡Ah!, exclamó Inés asustada.

– Anteanoche viósele vagar por el friso de la capilla de San Isidro anexa á la iglesia de San Andrés, y posarse sobre el nido de la cigüeña, que huyó espantada con todos los cigüeñitos. No hacía ruido y afectaba la forma blanca desvanecida de todos los fantasmas...

F. MORENO GODINO

(Concluirá)

LLAMAMIENTO

Á LOS ARTISTAS CATALANES

El regionalismo catalán, que acaba de celebrar un triunfo brillante si los hubo en el *Teatro Español* con la admirable tragedia de Guimerá *Mar y cielo*, ha alcanzado también calurosos aplausos en Alemania con las hermosas concepciones de los atistas Cusachs, Fabrés, Galofre, Roig, Tusquets y otros.

El campo más á propósito para lucir sus facultades y lograr fama universal ha de ser para los artistas catalanes, los dignos sucesores de Fortuny, la ciudad del arte por excelencia, Munich, donde el año que viene habrá un gran certamen internacional de Bellas Artes.

No se trata de una de esas Exposiciones anuales, sino de un certamen de más importancia que ha tomado bajo su protección el príncipe regente de Baviera, que cifra su orgullo en ser patrono del arte y de los artistas, y la infanta Doña Paz, que lleva recuerdos gratísimos de Barcelona y es tan aficionada á las artes como á las letras catalanas, se ha comprometido á impulsar á los artistas de su patria (España) á concurrir al certamen de Munich.

Yo que he visto este año con qué satisfacción se paseaba la princesa con Moreno Carbonero por el *Palacio de Cristal* que se encuentra en la capital de Baviera, entusiasmándose ante las obras de arte que pregonaban el nombre español, me complazco en ser el heraldo de Doña Paz alentando á los artistas catalanes á acudir al certamen de Munich. Allí tendrán un mercado para sus obras y han de ganar nuevos laureles para la idolatrada Cataluña.

JUAN FASTENRATH



Natalia habíase levantado al oir el crujido de la arena bajo mis pies é inclinábase sobre el antepecho de la terraza

LA HERMOSA NATALIA

POR CARLOS IRIARTE.—ILUSTRACIONES DE MAROLD

(CONCLUSIÓN)

No se había vuelto á decir nada sobre aquel doloroso episodio de mi vida, cuando tres meses después del día en que asistí al templo evangélico, un desconocido dejó en mi casa un paquete con mis señas exactas, pero sin ninguna indicación respecto á su procedencia.

Era un libro, *El Paraíso perdido*, de Milton, edición inglesa moderna, con el *Ensayo* del Dr. Channing y la *Crítica* de Addison: en la primera página estaba escrito el nombre de mi amigo con las siguientes palabras: «Christ's Church, 1854, Oxford.» Abrí el libro con profunda emoción; en las más de las hojas vi anotados con lápiz al margen de mano de Sir W... los pensamientos que le había sugerido la lectura de su poema favorito, y deduje que aquello era un recuerdo de su juventud, del tiempo en que asistía á la Universidad, cuando su corazón comenzaba á sentir profundas sensaciones y el joven iba á disfrutar de la vida. Mientras hojeaba el ejemplar, cayeron algunas hojas escritas, y parecióme que habían sido arrancadas de uno de esos libros de uso particular donde se apuntan los incidentes de cada día para recordarlos. En una de ellas, fechada en junio de 1867, en el mismo día que nos vimos por primera vez, Sir W... había anotado nuestra conversación, indicando con dos palabras muy expresivas y cariñosas el vivo recuerdo que de ella conservaba. En cada una de las demás hojas, mi nombre se repetía á menudo, mezclado con los incidentes del día, como si aquel hombre tímido y benévolo hubiera querido, en la soledad y secreto de sus desahogos, resarcirse de la reserva de su carácter, y habíalo hecho con un entusiasmo amistoso cuya expresión póstuma reavivaba más aún el recuerdo que de él había conservado.

Mas ¿por qué se me hacía semejante envío tan misteriosamente? ¿Por qué la reticencia respecto de aquel á quien estas páginas revelaron que yo existía y cuál era el lugar de mi domicilio, así como también la intimidad de los lazos creados entre el difunto y yo? Los que tenían derecho á leerlas sabían que yo había tomado gran parte en la vida parisiense de Sir W...; que hasta el fin le fuí fiel; y pensé que el paquete no podía proceder sino de una persona de tierno corazón, de una mano compasiva, que con aquel recuerdo quería dar una prueba de su gratitud. Sin duda esto era algo, pero no suficiente para mí. Hubiera querido oir un grito del corazón, sentir un impulso, alguna cosa más espontánea, el llamamiento de un padre, de una madre ó de una hermana, que fueran los confidentes de nuestra común amistad por la lectura de aquellas páginas de ultratumba. Parecíame que allende el estrecho, sumidos en la incertidumbre y la ignorancia respecto á la muerte del hijo y el hermano, precisamente en el momento en que le esperaban á cada instante, lleno de vida y de esperanza, joven, alegre y fortalecido con una nueva amistad, sus padres hubieran deseado desvanecer su inquietud, disipar las tinieblas y recoger todos los detalles sobre los últimos momentos de Sir W... Pero como siempre, debía encontrar entre mí y aquellos que yo quería conocer esa barrera infranqueable levantada por el carácter y las conveniencias.

En el verano siguiente, perseguido por el mismo recuerdo, persuadíme de la necesidad de reconocer por mí mismo los progresos de las colecciones de Londres y reanudar en el Museo Británico, en la Galería Nacional y en la sociedad inglesa mis antiguas relaciones, interrumpidas por largos viajes. Una vez allí, tomé parte en los pasatiempos de aquella vertiginosa *Season* durante la cual los insulares disfrutan en un día más placeres que nosotros en una semana en nuestro febril París; pero muy pronto, saturado de reuniones, de partidas de campo, de *matchs* y de otros recreos, alegres, sí, pero triviales y buenos tan sólo para hombres muy jóvenes, contesté al fin con una excusa á las diez invitaciones recibidas por la mañana, que me ligaban para ocho días más. Arreglé mi maleta y fuí en busca del tren que presta el servicio de Londres á Portsmouth. Pocas horas después embarcábame para las islas del grupo de Wight y llegaba á Cowes, donde me detuve en una deliciosa posada, cuya muestra me pareció extravagante por su título: *El cangrejo y la langosta*.

Es la tal posada una de esas pintorescas hosterías de la época de Jorge IV, tal como las vemos representadas en las bonitas estampas iluminadas del siglo pasado que representan á una criada en el umbral de la puerta, á los tres *Joly Post Boy* de la canción popular á punto de vaciar sus vasos, y en el lugar del relevo la pesada silla de posta de caja amarilla con un postillón de peluca rizada y dispuesto á mortificar á la hostelera. Un escritor inglés, muy refinado y sin preocupaciones, me había indicado aquel sitio como una compensación de los grandes hoteles *Metropolitains* y *Terminus*, donde se oprime á los viajeros, se les cataloga y cotiza al tipo de su gasto personal. En la posada de que hablo, por lo menos no había camareros vestidos de negro, rígidos y graves,

ni corredores inmensos, silenciosos y solitarios donde el viajero extraviado vuelve siempre al mismo sitio, ni ascensor imponente que os conduce á vertiginosas alturas, á la celda numerada, única á que os hacen merecedor vuestro reducido equipaje, vuestro tranquilo continente y vuestros modestos modales. En aquel nido de verdura todo era limpio, pulcro, alegre, simpático é inesperado; desde mi ventana disfrutábase de una vista deliciosa, y como el techo era bajo, parecía que me hallaba en un bonito camarote sobre el puente de un buque, pero desde allí divisaba el *Pier* con todos los yachts anclados y la gran escollera que enlaza las islas. Lo peor que podía sucederme era que las criadas se rieran de mi acento y pronunciación y que se me dispensara un trato demasiado nacional, ó bien que algunos amigos ingleses, á quienes tal vez encontrara en la isla, renegaran de mí por haberme hospedado en un lugar tan poco *distinguido*. En cuanto á mi acento, iba á Londres decidido á ser ridículo unos días, á fin de serlo menos más tarde, perfeccionándome en la lengua inglesa. El alimento nacional de un país es el que siempre merece mis preferencias, pareciéndome lógico aceptarle; y en fin, por lo que hace á cierta clase de personas que hubieran podido criticarme, poco me importaba su opinión y aun hoy me complazco en arrostrarla.

Ese grupo de las islas de Wight, Cowes, Byde, Shanklin, Nidles y Ventnor, constituye para los ingleses una encantadora residencia de verano, y hacia fines de julio y durante todo el mes de agosto es de buen tono ir allí á descansar de las fatigas del invierno. El vigor de la vegetación es tan exuberante, que se creería estar en un país meridional; las plantas exóticas prosperan naturalmente; las lianas y los árboles de follaje de color alcanzan proporciones enormes, y desbordándose de los jardines proyectan su sombra sobre la cabeza de los transeuntes hasta en los caminos más hondos, que parecen frescos y verdes túneles. Todos los de la isla están enarenados lo mismo que las avenidas de un parque; y así como esa naturaleza se ofrece á la vista engalanada, pulcra y coqueta, de igual modo los paseantes parecen corresponder por su elegancia á la belleza del paisaje. Las pintorescas casitas, de plano irregular, que ocultan bajo un aspecto rústico el refinamiento de las comodidades, no se revelan entre las espesuras sino por las espigas y las veletas de los tejados, que atraviesan las cúpulas sombrías, ó bien por las elegantes celosías que protegen las ventanas en forma de arco. Acá y allá algunas barreras campestres, en armonía con aquella naturaleza un poco artificial, dejan entrever frescos prados donde la luz se refleja en un lago de reducidas dimensiones, poblado de cisnes, y por doquiera, según la estación, vense grandes arboledas y arbustos cuajados de fucsias, mientras que el rododendrón mezcla su matiz rojo con el rojo sombrío. Los muros son desconocidos, las cercas floridas sirven de límites divisorios, y á veces el mar baña las terrazas de las quintas; de modo que cuando sobre Londres pesa una atmósfera de plomo, la brisa de alta mar refresca toda la isla, haciendo muy agradable aquella residencia.

Yo había sabido en Londres que el padre de Sir W..., después de largos servicios en el mar, se había retirado á Cowes para terminar allí el resto de sus días; y allí también reposaban sin duda los restos de mi amigo. No se debía á la casualidad la elección del anciano almirante, sino á que Cowes es la isla más marítima del grupo y sirve de cuartel general á los yachts de casi toda Inglaterra. Allí se ha formado un elegante casino, especie de oficina *Veritas*, donde los aficionados de ambos mundos obtienen todos los informes relativos á la navegación, el rumbo que cada barco toma, su itinerario, sus escalas, la fecha segura de la salida y la del regreso probable. Portsmouth, el gran puerto militar, está enfrente de la isla; y he aquí por qué Cowes era el refugio más á propósito para un viejo marino acostumbrado á vivir á bordo de su buque y que hasta el último instante de su vida quería oir el rumor de las olas y ver flotar los pabellones en la punta de los mástiles.

Al llegar á la posada de *El cangrejo y la langosta*, lo primero que hice fué pedir flores para llevarlas á la tumba de Sir W... La sirvienta de la posada no pudo reprimir una sonrisa al verme formar un magnífico ramo, creyendo sin duda que yo me proponía hacer un regalo galante; pero quedó algo confusa cuando la pregunté sencillamente qué camino conducía al cementerio.

Agrupados alrededor de las iglesias, los cementerios de los evangelistas tienen un aspecto de gravedad que no se observa en los nuestros, donde arrojamos las flores á manos llenas y las renovamos sin cesar, cual si quisiéramos oponer la vida á la muerte. En Cowes, la suavidad de la temperatura, el sitio elegido para camposanto, siempre al abrigo del viento, y la rica vegetación peculiar de esas islas han convertido el cementerio en un fresco jardín sembrado de cruces que desaparecen bajo la hiedra. Un viejo sepulturero, el mismo que había abierto la fosa de Sir W... supo indicármela sin vacilar; la tumba estaba cubierta de flores frescas, depositadas allí recientemente; y sobre la piedra, aún blanca bajo el nombre de mi amigo, reservábase un espacio para los que fueran á reposar después de él.

Al salir del sagrado recinto dí la vuelta á la isla, bien resuelto á no dar paso alguno para ver á la familia de Sir W..., ni á revelar tampoco mi presencia; pero no quería marcharme sin ver antes la morada del anciano marino, aquella casita de Beldorny, conocida de todos y cuyo nombre se repetía sin cesar en los relatos de Sir W...

Beldorny se eleva en el fondo de un jardín lleno de sombra, discretamente oculto á las miradas y abierto tan sólo por el lado del mar, del que no le separa sino una terraza, que parece como suspendida sobre el camino que conduce al muelle ó desembarcadero. La casa desaparecía casi bajo el follaje; dí la vuelta á su alrededor y por entre los claros de la cerca observé que todo estaba silencioso, como si nadie viviera allí. Al llegar á la suave pendiente que conducía al mar, iba á retirarme, costeando la terraza para volver al puerto, cuando un rumor de voces sobre mi cabeza me hizo levantar la vista. A la entrada de un pequeño pabellón de rastrojo, destinado á resguardar del viento del mar, tres personas, con la mirada fija en el horizonte, parecían observar el fin del día, contemplando la puesta del sol. Un gran telescopio en su trípode, junto á una mesa cubierta de diarios y libros, constituía el primer plano de aquel cuadro en cuyo centro estaba un anciano de barba blanca, cubiertos los hombros con el *plaid* escocés; junto á él, silenciosa y grave, vi sentada una mujer pálida y triste, de cabello blanco y austeramente vestida de negro. La tercera persona era una hermosa joven alta, casi una mujer, vestida también de luto; habíase levantado al oir el crujido de la arena bajo mis pies, é inclinábase ligeramente sobre el antepecho de la terraza, con los brazos fuera, dejándome ver su esbelto talle y graciosa silueta, que se destacaban sobre el fondo de verdura.

Eran los dueños de Beldorny; á no dudarlo, hallábame frente al anciano almirante W... y su esposa; y en cuanto á la hermosa joven, no podía ser otra sino Natalia, la hermana de mi difunto amigo, de quien éste me hablaba tan á menudo en nuestras largas conversaciones con una ternura mezclada de entusiasmo.

Estábamos tan cerca uno de otro, que hubiera podido alargar la mano y decir á la hermana de Sir W... que el extranjero en quien fijaba la vista por casualidad en aquel instante, había llegado de Francia para depositar flores en la tumba de su hermano; que le contristaba el silencio de aquellos que debían llorarle aún, y que les traía con el recuerdo más vivo y más puro el eco de la última palabra de Sir W...

Pero el movimiento había sido rápido como el relámpago; la hermosa Natalia se echó con viveza hacia atrás apenas se encontraron nuestros ojos; el almirante se levantaba lentamente de su asiento de mimbre para mirar sobre el ramaje que me ocultaba; y en cuanto á la pobre madre, sin fijarse en aquel trivial incidente, dejaba pasar al extranjero sin dirigirle siquiera la mirada.

La tarde que pasé en mi alojamiento me pareció interminable y la noche fué penosa; era preciso pensar en la marcha y traté de engañar el tiempo desde que amaneció; pero el barco no salía hasta las tres, y apenas era la una. Tenía mi maleta preparada, había pagado mi cuenta y acababa de despedirme de los posaderos de *El cangrejo y la langosta*.

Sin explicarme la inquietud que me hacía adelantar así la hora, comencé á recorrer el muelle sin hacer aprecio del pintoresco espectáculo que ofrecen los viajeros que desembarcan de los yachts y los que pasan á bordo; y sin echarlo de ver apenas, seguí la playa y halléme de nuevo frente al terrado de Beldorny. Bien hubiera podido avanzar en línea recta ó retroceder; mas impelido por no sé qué necesidad de emoción, introdújeme en el camino hondo que contornea la casa y fuí á parar á la entrada de ésta. La pequeña puerta de madera con su ancho alero que desaparecía bajo la hiedra hallábase entornada, y el cartero acababa de entregar la correspondencia. Sin darme cuenta de lo que hacía, acerquéme y alargué mi tarjeta al criado, que mirándome con asombro invitóme á entrar. Le seguí al jardín y esperé allí largo tiempo paseando por delante de la ventana del piso bajo.

Los visitantes debían ser muy raros, pues veía sombras pasar y repasar por detrás de los vidrios y comprendí que mi presencia causaba cierta agitación. Ya me disponía á retroceder; pero de pie en el umbral de la puerta, el que me había introducido invitábame á entrar y se retiraba dejándome solo á la entrada de un vasto salón cuya puerta estaba abierta de par en par. En el fondo de la estancia, el anciano que antes había visto con las dos señoras vestidas de luto instaba á éstas á retirarse é impelíalas suavemente hacia la salida, como si ellas hubieran insistido en quedarse; hablábalas en voz baja, temiendo sin duda que le escucharan, y le oí repetir vivamente las mismas palabras: «¡No hagáis ruido... no hagáis ruido!»

Retrocedí vivamente hasta el jardín; pero el anciano, con los brazos abiertos y el semblante risueño, fué á buscarme allí y con hospitalario ademán invitóme á entrar. Al principio se excusó de recibirme solo, y díjome que su hija Natalia, que hablaba admirablemente el francés, le hubiera servido en aquel instante de mucho. Yo iba á exponerle el objeto de mi visita; pero como si desease evitar toda alusión penosa, me cortó la palabra é hízome comprender que mi nombre solo era suficiente para ser introducido, pues sabía de mí todo cuanto pudiera desear por las cartas de su hijo. Resuelto al parecer á no enternecerse, apenas el criado dejó sobre un velador una bandeja con una botella y dos vasos, dirigióse á la mesita, escanció el vino, y como hombre que no oye bien y que habla alto á fin de que se le conteste en el mismo tono, cuadróse delante de mí ofreciéndome un vaso y me preguntó:

– *¿Are yon good sailor?* (¿Es usted buen marino?)

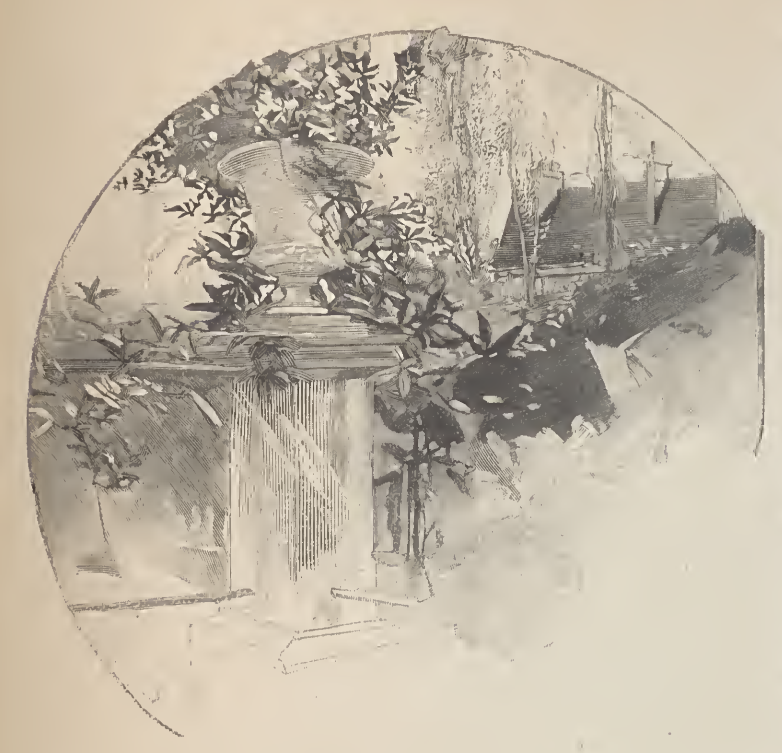
Contesté que no lo era cuando sopla la tempestad; pero que habiendo sido la travesía favorable, pude soportarla bien; y con este motivo referíle que en cierta ocasión, obligado á permanecer cinco días en el puerto de Ceuta, á causa de no ser posible desembarcar por el mal tiempo, padecí mucho de mareo, por lo cual no pude comer sino naranjas y beber un poco de ron.

Al oir esto el buen anciano comenzó á reir á carcajadas, tal vez con alguna exageración; y chocando su vaso con el mío á la francesa, díjome que para él, en todo tiempo, y aun entonces si la edad no le hubiese cerrado la carrera, no existía en todo el globo, al que había dado la vuelta tres veces, ningún punto en que pudiera estar tan á su gusto como en el puente de un buque, balanceado por las olas en el centro mismo del Atlántico. Cowes le agradaba porque desde su terrado, cuando la atmósfera estaba clara y sin bruma, podía pasar revista á la flota inglesa; y cierto día, su corazón de marino latió con fuerza al ver pasar su propio buque almirante, aquel en que había enarbolado por última vez su pabellón.

Con este motivo fué preciso brindar por Francia é Inglaterra, que, según dijo el anciano, hubieran bastado por sí solas para dominar el mundo «si hubiesen sabido entenderse.»

Todo esto era muy cordial, pero el tiempo pasaba y hasta entonces no habíamos pronunciado el nombre de Wiliam sino para evitar toda alusión á tan triste asunto. De pie hacía un instante ante el anciano, que estaba vuelto de espaldas á un pequeño invernadero contiguo al salón, yo podía sin ser visto seguir tras el follaje el movimiento de dos siluetas sombrías y distinguir á la hermosa Natalia, que creyéndose oculta trataba de escuchar la conversación. Al alejar á su esposa y su hija, el almirante había querido evidentemente evitar una escena dolorosa; y aquí chocaba otra vez con ese respeto humano que retrae de dar á conocer á los demás su emoción.

El reloj marcaba las dos; el barco no esperaba á nadie; había resuelto no alejarme sin aliviar mi remordimiento, y por una suprema explicación que yo debía á la familia, disipar la ignorancia en que debió quedar al recibir la funesta noticia. Así, pues, sin preparativo ni transición y colocándome de modo que la madre y la hermana de William no pudieran perder ni una sola palabra de lo que iba á decir, pronuncié simultáneamente el nombre de mi amigo y expliquélo todo con tono breve, justificando mi silencio y el suyo. Hablé de lo repentino del ataque, de mi sorpresa, de mis esfuerzos inútiles y por último de mis tentativas siguientes, que no merecieron sino frialdad é indiferencia. Ni aun quise eludir el relato sobre la lúgubre ceremonia á que asistió lord H..., y en la que, convencido de mi deber, me contuvo no sé qué pudor inhumano y la inexorable ley de las conveniencias. No siéndome ya posible hacer más, quise por lo menos olvidar, cuando de repente aquel envío de una mano misteriosa, el *Milton* y las hojas desprendidas del librito de memorias, al que mi amigo había confiado el secreto de nuestra rápida simpatía (envío que hizo evidentemente alguien de la familia), reavivó mi recuerdo. Entonces, poseído de una idea fija, resolví marcharme á Cowes para arrodillarme en la tumba de William, desvanecer las



dudas de los que le lloraban, y abriendo por última vez su herida, tratar de cicatrizarla. En adelante, su tristeza profunda, inconsolable, reavivada siempre por la idea de aquel fin misterioso, dejaría de ser tan angustiosa, convirtiéndose en una melancolía no exenta de dulzura. Con esto tranquilizaba mi corazón; también el suyo debía calmarse, y por lo menos podía asociar al recuerdo de William el recuerdo de aquellos que le habían amado, conservando sus facciones en mi memoria.

Mientras así hablaba, la puerta del invernadero se había abierto, y sin que lo echara de ver el anciano, que me escuchaba con la cabeza baja, hundido en su sillón, Natalia se adelantó lentamente, con la frente alta, la mirada fija, bebiendo mis palabras y dando el brazo á su pobre madre, pálida, vacilante y con los ojos enrojecidos por las lágrimas, como una Virgen de los Dolores.

Cuando hube acabado de hablar, con una especie de alegre exaltación, que me probaba que al aliviar mi pena proporcionaba también á la familia un consuelo supremo, Natalia me ofreció su mano y estrechó la mía con efusión, diciendo:

– «¡Gracias... gracias!»

Al oir la voz de su hija, el anciano se había levantado; la pobre madre se dirigía hacia mí, y allí estábamos todos, casi confundidos en un abrazo, cuando de repente el estampido de un cañonazo me estremeció.

–¡Ya es demasiado tarde!, exclamó el almirante con expresión casi alegre.

El vapor de Portsmouth pasaba por delante de nosotros y ya no me quedaba más remedio que volver á la posada de *El cangrejo y la langosta* para esperar la misma hora del día siguiente, ó aceptar la oferta del anciano, que habiendo recobrado toda su sangre fría y sin esperar siquiera mi contestación, daba orden de ir á recoger mi equipaje al despacho del vapor. Al mismo tiempo su esposa y su hija, después de enjugar sus lágrimas y volviendo á ser mujeres prácticas y dueñas de la casa, iban presurosas á preparar la habitación.

No intenté siquiera resistirme, pues todo aquello me seducía; y tal vez mi presencia era un beneficio para todos, puesto que conservaba el recuerdo de un ser amado. Mientras las señoras se ocupaban de mí, el almirante, más atento de lo que yo hubiera podido esperar, quiso enseñarme toda su posesión de Beldorny, el jardín, la cuadra y los invernaderos, y después fuimos á sentarnos bajo el pabellón donde se reunieron con nosotros madre é hija para tomar el te. El resto del día se pasó en agradable coloquio, sin emociones ni tristezas; y á decir verdad, aliviado ya de un gran peso, comprendí que mi presencia era saludable para mis nuevos amigos.

La noche, corta y tranquila, se animó por el buen humor del anciano marino, evidentemente satisfecho de mi compañía, y poco á poco experimenté un bienestar que no había conocido hacía largo tiempo.

La habitación que se me había señalado estaba en el segundo piso, sobre la gran ventana de la fachada; desde allí divisaba el Océano, y apoyado en el balcón podía seguir la estela de los barcos que entraban en el puerto; mientras que los grandes rosales, sobresaliendo por encima del tejado, rodeábanme con su ramaje cargado de flores blancas.

Una vaga inquietud que no carecía de encanto me impedía acostarme, y lleno de no sé qué ilusiones y con la vista fija en aquellos horizontes tranquilos que yo miraba sin ver, el cuadro de mi vida se desarrolló de repente ante mí y parecióme que mi existencia se desvanecía poco á poco llena de mil incidentes y sin embargo vacía, con muchas relaciones pasajeras que sólo me proporcionaban algún placer cuando yo aspiraba á la felicidad.

Y me pregunté si no sería ya tiempo de fijarme en algo, si no habría en alguna parte un ser que pudiese amarme, vivir con mi vida, disfrutar de mis placeres y compartir mis dolores. Llegaba ya la hora en que esa embriaguez constante que acompaña á la juventud iba á desvanecerse, dejándome ver el porvenir en toda su realidad; y me dije que no es bueno vivir solo, que era preciso buscar una compañera, y sobre todo conocerla bien, pues temía una alianza desigual, no por la clase y la raza, sino por el carácter y el corazón. ¡Qué destierro y qué dura esclavitud no sería para mí verme unido para siempre á una mujer dulce y encantadora que solamente viese tinieblas allí donde yo veía luz, que no comprendiendo el sentido de mi vida no participara de mis éxtasis ni de mis desalientos, y que cuando creyera haber llenado mi corazón y cumplido sus deberes, me hiciera volver á cada momento duramente á la tierra ó me dejara solo en las alturas adonde mi espíritu se remontaba!

En el momento de cerrar los ojos, una imagen, pálida aún, que apenas reconocía, aparecióseme para desvanecerse después en los vapores del sueño, volver con persistencia durante éste y dejarme por la mañana su vivo recuerdo. Esa imagen era la de Natalia, tan dulce y altiva á la vez, fuerte y cariñosa, grave y ligera, á quien apenas conocía, pero cuya mano estrechó la mía sinceramente y de cuyo corazón estaba ya seguro como si le hubiese conocido hacía largo tiempo.

Sí, Natalia sería á la vez esposa y hermana, firme en el dolor, dispuesta á tomar parte en la lucha de la vida, como si la comprendiese ya; y así debía ser, puesto que su hermano, que se exaltaba ante mí solamente con nombrarla, habíame respondido de ella. Aquella era la mujer que yo buscaba; veíala pasar delante de mí, y era preciso que fuese mía.

Sin esperar más, en el instante mismo, al revolver de un sendero de aquel jardín que se extendía á mis pies, á dos pasos de sus padres, que me habían dicho la víspera, al darme las buenas noches, que veían en mí un reflejo del hijo perdido, debía ir á buscarla, arrodillarme á sus pies y pedirla permiso para amarla toda la vida. Pero de pronto, un doloroso pensamiento cruzó por mi mente. ¡Y si no estuviera libre su corazón! En la soledad en que vivía, tal vez se reservaba para otro que debiera presentarse á ocupar su puesto en el hogar doméstico y á reclamar la fe prometida.

No era ya Natalia la joven indiferente que no se cuida del porvenir y que no se conoce aún, sino una joven de tranquila reflexión, que sabiendo lo que quiere, impone sus voluntades y apenas tolera las de los otros, sin fijarse jamás sino en aquello que llena su corazón y su pensamiento. ¡Y si hubiera dispuesto ya de su mano y estuviese ya prometida á otro!... Era preciso averiguarlo cuanto antes, en el acto, y si ya no era libre, alejarme con el corazón apenado para no volver jamás.

. . . .

Aquella misma mañana se convino en que yo no debía abandonar las islas sin verlas todas, á lo que me guardé muy bien de oponer la menor objeción. El retraimiento en que por razón del luto vivía aquella familia no la permitía acompañarme; pero como entre la hora del almuerzo y el mediodía quedaba tiempo suficiente, habíase pedido para mí un asiento en el *Drag*, coche que sale diariamente, y recorriendo todas las islas permite visitarlas sin molestia y hacer una excursión muy agradable.

Yo hubiera preferido no salir de Beldorny, pero durante las horas matinales todos sus habitantes estaban muy ocupados: el buen anciano no podía salirse de sus costumbres; agradábale dar su paseo muy temprano, leer el *Times*, conferenciar con el jardinero; mi presencia imponía á la familia, deseosa de dispensarme sus atenciones, un cambio en su género de vida metódico.

En cualquiera otra circunstancia habría disfrutado mucho de aquella pintoresca excursión: dominándolo todo desde mi asiento, conducido por un elegante *gentlemán*, que había solicitado el favor de reemplazar al cochero, iba rodeado de risueñas jóvenes muy divertidas, con sus frescos trajes de verano, muy propios para la circunstancia, acompañadas libremente de hermanos y amigos, alegres como colegiales.

A nuestros ojos deslizábanse como en un panorama dos magníficos paisajes llenos de encantadoras casitas, separadas por cercas en flor, y de vez en cuando divisábase entre dos pendientes de terreno, que formaban un estrecho valle, la verde superficie del Océano rizada por una ligera brisa, ó los rayos del sol reflejándose en la punta de cada ola.

Al regresar, mis ojos habían visto muchas cosas, y mi memoria conservaba un recuerdo bastante preciso para contestar á las preguntas del almirante y su familia, que estaban muy orgullosos de sus islas; pero en realidad había estado distraído, acosado por una idea fija, y durante la comida, cuando mis ojos se encontraban con los de Natalia, apenas podía sostener su mirada. Sin embargo, era llegada la hora; yo debía saber qué suerte me esperaba, y sin debilidad ni reticencias llevar á cabo mi proyecto.

Después de levantarnos de la mesa fuimos primero á dar una vuelta por el jardín y después á la *terraza*; y mientras el almirante y su señora descansaban á la sombra del pabellón, un poco lejos de nosotros, Natalia y yo nos sentamos. Desde allí podíamos seguir el movimiento del puerto, donde las embarcaciones de blancas velas y los ligeros esquifes iban y venían en torno del vapor que iba á salir de un momento á otro, y á veces el viento llevaba en sus alas hasta donde nos hallábamos los acordes de una banda de música militar instalada en el puente del *Victoria*.

Muy pronto vimos cómo el barco, desviándose lentamente de la orilla, se abría paso entre los demás; dentro de un instante iba á pasar por delante de nosotros, y en el momento mismo de cruzar y como si nos saludase soltó su andanada, cuyo estrépito, aunque fuera esperado, nos hizo estremecer.

Entonces Natalia, extendiendo la mano, me señaló con expresión burlona el vapor en que debí haber marchado, y yo le hice fijar la vista en el sitio donde me detuve al pie del terrado y desde el cual la vi por primera vez. En tal momento no pude menos de decirle que si había pasado tan lentamente la víspera por allí, fué porque mis ojos encontraron los suyos; que en adelante no dependía ya de mí quedarme ó marchar; que una palabra de sus labios, un ademán, una mirada, bastaría para alejarme ó retenerme toda la vida, y que esperaba el ademán ó la palabra como un fallo supremo.

Al hablar así, arranqué una rosa de la planta que tenía á mi lado y se la presenté.

Natalia fijó en mí una de esas miradas que van á buscar el más íntimo pensamiento hasta el fondo



del corazón, y después, como si hubiese leído la sinceridad en mis ojos, alargó lentamente la mano, cogió la flor y desapareció detrás del follaje... No volví á verla hasta la noche.

La velada fué corta; estábamos unos junto á otros,

sin romper apenas el silencio, como si, unidos ya por el corazón, estuviéramos todos confundidos en un mismo pensamiento. Llegada la hora de retirarnos, y en el momento en que buscaba con la vista el libro que yo solía leer en cama y que había dejado sobre la mesita de noche, vi en su lugar una pequeña agenda muy deteriorada que una mano desconocida había depositado allí: era la misma en que mi amigo Sir W... tenía costumbre de anotar sus impresiones. Abríla al punto, y me entretuve en recorrer sus páginas hasta las altas horas de la noche: en el sitio donde faltaban las hojas que me fueron enviadas en otro tiempo con el *Milton* vi una página doblada, cual si yo no debiese leerla, ó por el contrario, como si se quisiera llamarme sobre ella la atención.

Con emoción profunda mis ojos se fijaron en un pasaje en que Sir W... confundía mi nombre con el de Natalia, deseando á ésta que encontrase un hombre que respondiera á su corazón como yo respondía al suyo, y expresaba el deseo de ver realizarse algún día la esperanza que su pensamiento había concebido rápidamente.

Natalia debía haber leído aquel pasaje, puesto que estaba señalado; sin duda conocía el deseo del difunto, y de consiguiente su corazón había hablado. ¡Estaba libre!

Por la mañana, mucho antes de la hora en que acostumbraban á levantarse todos, ya estaba yo de pie, agitado entre el temor y la esperanza y bajo la impresión de la fiebre que produce una noche sin sueño. Temiendo despertar á mis amigos, abrí suavemente la ventana á fin de respirar el aire puro, y después de colocar en su sitio en la agenda de Sir W... las páginas que faltaban y que siempre llevaba en mi cartera, esperé la hora de reunirme con mis amigos, contemplando el paisaje. Muy poco después vi el vestido blanco de Natalia que desaparecía en un sendero del jardín, y bajando con precaución lancéme en su seguimiento.

La encontré en el mismo sitio que la víspera, con la mirada fija en el horizonte; y resuelto á saber mi suerte de una vez y á sofocar en mi alma la pasión que sentía nacer é invadirme ó á entregar mi existencia entera, devolví á Natalia la agenda de su hermano, preguntándole con gravedad si era ella quien había rasgado las páginas escritas por William para enviármelas, si había señalado la siguiente, y por último si la había leído toda.

A cada una de mis preguntas contestó sencillamente, sin rodeos y mirándome con fijeza, sin falso pudor ni turbación, y después tomó la mano que yo la presentaba.

Entonces, ante aquellas olas tranquilas y aquellos magníficos horizontes, en el silencio de la naturaleza, á la hora en que todo se despertaba á la vida á mi alrededor, doblé la rodilla ante la hermana de aquel á quien tanto había querido, y pedíle permiso para amarla mientras viviera.

TRADUCIDO POR E. L. VERNEUIL

NUESTROS GRABADOS

Jacobo Meyerbeer, copia de un retrato de E. Desmaisons. - Cien años han cumplido recientemente desde que vino al mundo el gran compositor cuyas vida y obras son universalmente conocidas.

Meyerbeer fué un gran revolucionario en el arte musical, y viene á ser el punto de unión entre la antigua escuela que todo lo sacrificaba á la melodía y para la cual los cantantes eran el elemento principal, y en sentir de algunos compositores casi único en una ópera, y la escuela moderna que profundizando en el estudio psicológico y buscando dentro de la ficción del drama lírico la mayor suma de realidad posible, no ve en la voz humana sino un instrumento más, uno de tantos detalles que coadyuvan al conjunto armónico.

Las obras de Meyerbeer tienen una grandiosidad que admira y un sentimiento que encanta; hay en ellas aún cierto convencionalismo que plenamente justifican las circunstancias del tiempo en que fueron escritas; pero son tantas las bellezas que contienen, revelan tal esfuerzo por sacudir la rutina en que hasta entonces se habían encerrado la mayoría de los compositores, por romper los antiguos moldes de la música italiana en aquella época en boga, que el paso por Meyerbeer dado constituye uno de los más inmensos progresos en el divino arte.

Hace pocos días el teatro de la Gran Opera de París consagró una función á conmemorar el centenario del natalicio del maestro que, si de origen alemán, fué francés de corazón, y en Francia desenvolvió su actividad y obtuvo sus más grandes triunfos. El homenaje resultó hermoso, tanto más, cuanto que con él no se trataba de desenterrar una gloria olvidada, sino de solemnizar una fecha excepcionalmente memorable en los anales del arte de la música, la del nacimiento de un compositor cuyas óperas, á pesar de las nuevas corrientes artísticas, se representan y se aplauden de continuo en todos los teatros del mundo.

Plaza de las frutas en Trieste, cuadro de Ernesto Croci.—En la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona el imperio austriaco tuvo digna representación, y Trieste fué la ciudad de aquel estado que mayor número de obras remitió. Entre ellas figuró un bonito lienzo de Ernesto Croci que ya dimos á conocer á nuestros lectores, no sólo por ser una de las más notables producciones de este discreto artista, sino también por haber llamado justamente la atención del público. Hoy que reproducimos la *Plaza de las frutas*, que es uno de sus últimos cuadros, nos complacemos en consignar que Croci, dentro del género que cultiva, es uno de los pintores austriacos que más honran á su patria, no sólo por el asunto de sus obras, de carácter puramente nacional, sino por sus cualidades y por la valía de sus producciones.

Laborioso y amante de su país, fija su empeño en el deseo de dar á conocer cuanto le rodea, cuanto evoca en él agradables recuerdos de sus primeros años ó representa lo que le rodea y constituye la vida, las costumbres y el modo de ser de su ciudad querida.

En buenas manos está el pandero, cuadro de D. Enrique Luque Roselló. - No es mala lotería la que le ha caído al infeliz borrico: harto de trabajar, que no de comer, pues la pitanza no está en proporción con la faena, y cuando sus extenuados miembros y su exhausto estómago reclaman imperiosamente el pesebre donde reparar sus fuerzas, apodérase de él una turba de desarrapados chiquillos que tratan de encaramarse sobre sus flacos lomos, y aunque algunos pagan su atrevimiento con tumbos y costaladas, no cejan en su empeño de cabalgar en el desdichado animal que con paciencia sufre tales improperios.

Este cuadro del Sr. Luque Roselló es un bellísimo estudio de la naturaleza, lleno de vida, de movimiento y de expresión: hay verdad en el paisaje, en las figuras y en los más nimios detalles, demostrando todo ello un gran espíritu de observación y un conocimiento notable de los recursos del arte.

Y ya que de este artista hablamos, hemos de consignar que su *Salve Regina*, que publicó LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA en su número 475, ha sido premiada con medalla de oro de segunda clase en la última Exposición Internacional de Bellas Artes de Berlín. Felicitamos á nuestro compatriota por distinción tan honrosa como merecida.

Mausoleo que ha de erigirse en la Habana en honor de las víctimas del incendio ocurrido en aquella ciudad en 17 de mayo de 1890. Obra de D. Agustín. Querol, escultor, y D. Julio Zapata, arquitecto. - Recordarán nuestros lectores el horrible siniestro ocurrido hace año y medio en la capital de la isla de Cuba: fué un desastre horroroso que conmovió profundamente á la población de la Habana, no ya por sus pérdidas materiales, á pesar de ser muy considerables, sino por el número y calidad de los que en tan triste jornada fueron mártires de un deber, tanto más meritorio, cuanto más voluntario. La brigada de bomberos de la Habana compónese en su mayor parte de los jóvenes más distinguidos de la sociedad habanera: muchos de ellos perecieron en el incendio del vasto establecimiento de los Sres. Isasi, y aún no se ha borrado de nuestra memoria lo que leímos acerca de la imponente manifestación de duelo que hizo la capital entera con motivo del entierro de aquellas veintiocho víctimas.

Para perpetuar su recuerdo promovióse, simultáneamente por el ayuntamiento y el *Diario de la Marina*, una suscripción pública, que llegó á reunir unos cuarenta mil duros en oro, con el objeto de erigir un mausoleo en el grandioso cementerio de Cristobal Colón, que guardase los restos de aquellos héroes. Reunida la suma que se consideró necesaria para dar forma á tan levantado pensamiento, procedió la comisión ejecutiva á circular una amplísima convocatoria á los artistas de todos los países para que enviasen sus modelos al concurso. Veintidós escultores de Europa y América han enviado igual número de modelos, algunos de ellos notables, que demuestran, no sólo el mérito y las aptitudes de sus autores, sino también cuánto se han identificado los artistas con el pensamiento de la comisión organizadora.

Tres modelos llamaron desde el primer momento la atención del público y de los inteligentes, siendo premiado el que resultó ser obra del escultor D. Agustín Querol y del arquitecto D. Julio Zapata. Bello y original es el momumento, hallándose en él armonizados el esfuerzo de la escultura y la arquitectura, que determinan en el conjunto de la obra cierto carácter de grandiosidad que cautiva é impone. Constitúyelo un zócalo perforado en sus cuatro frentes por igual número de graderías, sobre el que se elevan dieciséis pilares sosteniendo ocho tímpanos de verja y cadena que limitan el contorno. Dichos pilares sintetizan la idea del misticismo del mausoleo, puesto que sus cuatro caras y la planta forman el símbolo del cristianismo, así como recuerdan los colgantes que penden de las cadenas las lágrimas que el dolor arranca, y los murciélagos que rematan la verja simbolizan la muerte. Veintiocho nichos, emplazados en el cuerpo del monumento, cobijados por arquerías, destínanse á encerrar los restos de las víctimas de la catástrofe cuyo retrato se destacará en su respectivo medallón. Una cornisa, en cuyos cuatro extremos se apoyan las estatuas de la Abnegación, el Dolor, el Heroísmo y el Martirio, terminan este segundo cuerpo, que remata en una soberbia columna en la que se hallan artísticamente colocados varios trofeos formados con los útiles y herramientas de los bomberos, destacándose en la cara principal una gran rodela que contiene la inscripción de la fecha conmemorativa del suceso. En el capitel figuran los escudos de España, Cuba, la Habana y de los bomberos, y como feliz remate un grandioso grupo que representa el Angel de la Fe sosteniendo en sus brazos el cadáver de un bombero y conduciendo su alma á la gloria al amparo de la cruz.

Tal es la obra de Querol y Zapata y tal es el triunfo alcanzado en este que pudiéramos titular universal palenque. Reciban uno y otro nuestros sinceros plácemes, extensivos á la ciudad de la Habana, por haber sabido honrar de manera tan completa y sentida la memoria de aquellos veintiocho héroes que merecen figurar en el número de sus preclaros hijos.

Retrato, por Alma Tadema. - Este pintor, holandés de nacimiento, pero naturalizado desde hace cerca de cuatro lustros en Inglaterra, cuya soberana le entregó con sus propias manos la carta de ciudadanía, pertenece al número de aquellos escogidos cuya fama se ha extendido por todo el orbe y cuyos cuadros se pagan á precios fabulosos. A los quince años de edad pintaba, sin haber recibido lecciones de nadie, su retrato y el de su hermana, que fueron expuestos en una galería holandesa: después de una gravísima enfermedad, ingresó en la Academia de Artes de Amberes, desde donde pasó al estudio del célebre pintor belga Leys; en 1861, es decir, cuando contaba veintitrés años terminó *La educación de los hijos de Clodoveo*, lienzo que cimentó su sólida reputación; en 1863 se trasladó á Bruselas y en 1869 estableció definitivamente su residencia en Londres.

Su especialidad son los cuadros que reproducen escenas de las antigüedades griega y romana, y de tal modo ha sabido apoderarse del sabor local de las épocas que pinta, que sus lienzos más que reproducciones parecen reviviscencias de las costumbres y de los personajes de aquellas hermosas civilizaciones.

Mas no se crea que enamorado de lo antiguo descuida ó desdeña lo nuevo; también de cuando en cuando deja de mano los asuntos de Grecia y de Roma, y demuestra que para un temperamento y una educación verdaderamente artísticos todos los géneros son unos y que el pincel que tan admirablemente pinta los personajes, trajes y objetos de las remotas edades puede con igual maestría trasladar al lienzo la figura de una miss de nuestros días como la que reproduce nuestro grabado, obra maestra dentro de las tendencias más modernistas.

Safo, estudio al óleo de Carlos Gehrts. - Cuando se trata de la reproducción de una figura histórica ó legendaria cuya personalidad física no conocemos, importa ante todo ver si la obra del artista responde al modo de ser moral que la caracterizaba y que puede deducirse, dentro de cierto cálculo de probabilidades, de los hechos que la historia ó la tradición le atribuyan ó de las obras que su ingenio legó á la posteridad y hasta nosotros han llegado.

La célebre poetisa de Mitilene, aun despojándola de las exageraciones que la fábula ha acumulado sobre ella, se nos revela en sus composiciones poéticas como dotada de un alma ardiente, apasionada, soñadora. Así se nos presenta en su *Himno á Venus* y en su *Oda á una mujer querida*, así nos la retrata el inspirado vate D. Víctor Balaguer en su hermosa tragedia y en el erudito trabajo que á modo de prefacio la acompaña.

Esto sentado, el busto del pintor alemán Carlos Gehrts ¿se ajusta á la relación que la fantasía se complace en establecer entre los rasgos éticos y los físicos de una personalidad determinada? ¿Existe armonía entre el rostro de su Safo y la fisonomía moral que más generalmente se atribuye á la desdeñada amante de Faón? En nuestro concepto, esa relación y esa armonía existen de una manera perfecta en la obra que nos ocupa, y con decir esto creemos haber hecho su mejor elogio.

Un detalle para terminar: para este estudio sirvióle de modelo á Gehrts una artista alemana residente en Roma, la reputada grabadora Cornelia Wagner, cuyas obras tan conocidas y admiradas son en el mundo del arte.

Lavadero en Alcalá de Guadaira, cuadro de D. Juan García Ramos. - Cada uno de los lienzos que produce Juan García Ramos es una nota más que agrega al extenso catálogo de sus bellas composiciones y una nueva manifestación de la brillante escuela sevillana. El *Lavadero en Alcalá de Guadaira* ofrece especial atractivo por la riqueza del color y por los derroches de luz que reproducen con fidelidad los bellísimos contrastes y los varios tonos que produce la tierra andaluza cuando la ilumina y esmalta su hermoso sol meridional. Los encantos de la naturaleza, que tan pródiga, bella y fecunda se presenta en aquel rincón de la patria española, los tipos, los cuadros de costumbres cobran nueva vida cuando los transporta al lienzo este pintor sevillano, ya que brotan de su paleta esas combinaciones de color que sólo puede concebir quien como él cultiva el arte con entusiasmo y conoce y siente el país en donde halla asuntos que trasladar al lienzo.

Juan García Ramos es, no sólo uno de los dignos representantes de la escuela sevillana moderna, sino también uno de los más discretos pintores de género y costumbres.

Descanso durante la fuga á Egipto, cuadro de Murillo, existente en el Ermitage Imperial de San Petersburgo. - Catalina II, Alejandro I y Nicolás I, he aquí los tres soberanos rusos á quienes se debe la existencia del actual Museo de Bellas Artes de San Petersburgo: la primera mandó construir para su uso particular el antiguo Ermitage; el segundo hizo de él un museo público, y el tercero, en vista de la insuficiencia del edificio, le agregó el nuevo Ermitage, confiando la construcción de éste á Klenze, el célebre autor de la Pinacoteca de Munich.

Las riquezas artísticas que el Ermitage contiene son innumerables y de incomparable belleza, dignas, en una palabra, de la capital de un gran imperio y de un gran pueblo.

Entre sus más preciadas joyas figura el magnífico lienzo de Murillo que reproducimos y acerca de cuyas bellezas nada podríamos decir que no fuese repetición de lo que tantas veces hemos consignado hablando de las obras del que con razón ha sido llamado príncipe de los pintores españoles y las cuales se estiman como tesoros de excepcional valor.

Estatua en bronce de D. Evaristo Arnús, obra de D. Pedro Carbonell, fundida en los talleres de los Sres. Cabot, de Barcelona. - Un año ha transcurrido desde la fecha en que dejó de existir el Excmo. Sr. D. Evaristo Arnús, y justo es consignar que á pesar de las condiciones especiales de la vida moderna en las grandes capitales, Barcelona guarda vivo y respetuoso recuerdo á aquel distinguido prócer, que después de haber amasado con su trabajo una cuantiosa fortuna, sirvióse de ella para fundar benéficas instituciones, fomentar las artes y la industria y socorrer á los desgraciados. Todos recordamos la simpática figura de aquel anciano, tan afable como sencillo, al que jamás envanecieron los honores ni la fortuna. Justo y merecido tributo es el que le rinde su familia erigiéndole una estatua en uno de los salones de la casa de banca que fundó y dirigió, pero no dejaría de serlo también que esta manifestación íntima la acogiera Barcelona, puesto que D. Evaristo Arnús figurará siempre y con justicia en el número de los más preclaros hijos de la ciudad de los condes.

El escultor D. Pedro Carbonell, que acaba de obtener un triunfo en el concurso recientemente celebrado en Madrid por su estatua de Vives, ha sido el que ha modelado la del Sr. Arnús, que es quizás un tanto realista, pero bien ejecutada como todas las producciones de este discreto artista catalán, al que felicitamos, puesto que ha sabido imprimir carácter y distintiva expresión á su obra.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61. París.—Las casas españolas pueden hacerlo en la oficina de publicidad de los Sres. Calvet y C.ª, Diputación, 358, Barcelona



PAPEL Ó CIGARROS
ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
EL PAPEL Ó LOS CIGARROS DE Bᴺ BARRAL
disipan casi INSTANTÁNEAMENTE los Accesos.
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICIÓN.
EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS y LA FIRMA DELABARRE DEL Dr DELABARRE


36, Rue Vivienne SIROP du Doctr FORGET RHUMES, TOUX, INSOMNIES, Crises Nerveuses


CARNE y QUINA

El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energico.

VINO AROUD CON QUINA

Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE

CARNE y QUINA! son los elementos que entran en la composicion de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este **fortificante por excelencia**. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la *Anemia* y el *Apocamiento*, en las *Calenturas* y *Convalecencias*, contra las *Diarreas* y las *Afecciones* del *Estómago* y los *intestinos*.

Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al **Vino de Quina de Aroud**.

Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmaceutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD.
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.

EXIJASE el nombre y la firma AROUD

Curación segura
DE
la COREA, del HISTERICO
de las CONVULSIONES, del NERVOSISMO,
de la Agitacion nerviosa de las Mugeres
en el momento
de la Menstruacion y de
LA EPILEPSIA
CON LAS
GRAJEAS GELINEAU
En todas las Farmacias
J. MOUSNIER y Cia, en Sceaux, cerca de Paris



Participando de las propiedades del *Iodo* y del *Hierro*, estas Píldoras se emplean especialmente contra las **Escrofulas**, la **Tisis** y la **Debilidad de temperamento**, así como en todos los casos (**Pálidos colores, Amenorrea, &ª**), en los cuales es necesario obrar sobre la sangre, ya sea para devolverla su riqueza y abundancia normales, ó ya para provocar ó regularizar su curso periódico.

Blancard Farmacéutico, en Paris, Rue Bonaparte, 40

N. B. El ioduro de hierro impuro ó alterado es un medicamento infiel é irritante. Como prueba de pureza y de autenticidad de las *verdaderas Píldoras de Blancard*, exigir nuestro **sello** de plata reactiva, nuestra **firma** puesta al pié de una etiqueta **verde** y el Sello de garantía de la **Unión de los Fabricantes** para la represión de la falsificación.

SE HALLAN EN TODAS LAS FARMACIAS

PERFUMERIA-ORIZA

Perfumes liquidos ó solidificados
DE L. LEGRAND
11, Place de la Madeleine, 11
Paris



Al por mayor en Casa de
JAIME FORTEZA
34, Escudillers, Barcelona

Las
Personas que conocen las
PILDORAS DEL Dr DEHAUT
DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el causancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL Dr FRANCK



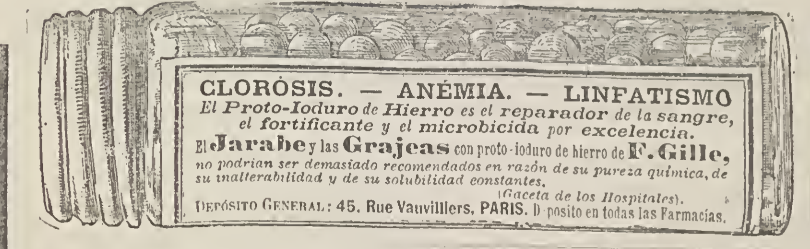
Querido enfermo. — Fiese Vd. á mi larga experiencia, y haga uso de nuestros GRANOS de SALUD, pues ellos le curarán de su constipacion, le darán apetito le devolverán el sueño y la alegría. — Así vivirá Vd. muchos años, disfrutando siempre de una buena salud.

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curacion de las **Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos**, de los **Reumatismos, Dolores, Lumbagos**, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Depósito en todas las Farmacias

PARIS, 31, Rue de Seine.



CLORÓSIS. — ANÉMIA. — LINFATISMO
El Proto-Ioduro de Hierro es el reparador de la sangre, el fortificante y el microbicida por excelencia.
El **Jarabe** y las **Grajeas** con proto-ioduro de hierro de **F. Gille**,
no podrian ser demasiado recomendados en razon de su pureza química, de su inalterabilidad y de su solubilidad constantes.
(*Gaceta de los Hospitales*).
DEPÓSITO GENERAL: 45, Rue Vauvilliers, PARIS. Depósito en todas las Farmacias.

GARGANTA

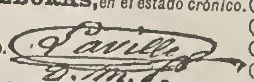
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Iritacion que produce el Tabaco, y specialmente á los Sñrs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emicion de la voz.— PRECIO: 12 REALES.

Exigir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

GOTA Y REUMATISMOS

Curacion por el **LICOR** y las **PILDORAS** del **Dr Laville**:
El **LICOR** se emplea en el estado agudo; las **PILDORAS**, en el estado crónico.
Por Mayor: F. COMAR, 28, rue Saint-Claude, PARIS
Venta en todas las Farmacias y Droguerias.—Remítese gratis un Folleto explicativo.
EXIJASE EL SELLO DEL GOBIERNO FRANCES Y ESTA FIRMA:



ENFERMEDADES DEL
ESTOMAGO

PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
con BISMUTHO y MAGNESIA

Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

Jarabe Laroze

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace mas de 40 años, el **Jarabe Laroze** se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las **gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes**, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE
al Bromuro de Potasio

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del **corazon**, la **epilepsia, histéria, migraña, baile de Sn-Vito, insomnios, convulsiones** y **tos** de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las **afecciones nerviosas**.

Fábrica, Espediciones: J.-P. LAROZE 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerias

LA SAGRADA BIBLIA
EDICIÓN ILUSTRADA
á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas

Se envian prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

SOCIEDAD de Fomento *Medalla de Oro.* PREMIO de 2000 fr.

JARABE Y PASTA

de **H. AUBERGIER**
con **LACTUCARIUM** (Jugo lechoso de Lechuga)

EXPOSICIONES UNIVERSALES PARIS 1855 LONDRES 1862 *Medallas de Honor.*

Aprobados por la Academia de Medicina de Paris é insertados en la Coleccion Oficial de Fórmulas Legales por decreto ministerial de 10 de Marzo de 1854.

« Una completa innocuidad, una eficacia perfectamente comprobada en el *Catarro epidémico*, las *Bronquitis, Catarros, Reumas, Tos, asma* é *irritacion* de la garganta, han grangeado al **JARABE** y **PASTA** de **AUBERGIER** una inmensa fama. »
(*Extracto del Formulario Médico del Sr Bouchardat catedrático de la Facultad de Medicina (26ª edición).*)

Venta por mayor: COMAR Y Cª, 28, Calle de St-Claude, PARIS
DEPÓSITO EN LAS PRINCIPALES BOTICAS

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION
POR AUTORES Ó EDITORES

MEMORIA SOBRE PUERTOS OSTREROS, *por don Cándido Hidalgo y Bermúdez.* – Las condiciones de esta sección y de nuestro periódico no nos permiten analizar el problema que plantea el autor del folleto y cuya solución considera factible. Diremos únicamente que el asunto nos parece digno de estudio y que su importancia, caso de ser factible la idea, puede comprenderse teniendo en cuenta que el Sr. Hidalgo se propone con su sistema sustituir con grandes ventajas las obras de escollerado por construcciones ostrícolas naturales.

***

TORQUEMADA, *drama de Víctor Hugo, vertido al español por Francisco Calcagno.* – El distinguido poeta americano Sr. Calcagno ha publicado una esmerada traducción en verso de este drama, conservando en ella las bellezas que á manos llenas derramó sobre su hermosa concepción el más grande de los poetas de nuestro siglo.

***

DISCURSO LEÍDO EN LA SOCIEDAD FILANTRÓPICA ARTÍSTICA DE VALLADOLID, *por D. Luis Zapatero y González.* – En el solemne acto de la inauguración del curso académico de 1891 á 1892, el Sr. Zapatero, secretario de la Sociedad, pronunció este discurso en que se demuestra con buenos argumentos, expuestos en correcto estilo, la importancia de la asociación para conseguir la instrucción del individuo.

***

TRATADO DEL CULTIVO DE LA REMOLACHA AZUCARERA, *por Jorge Dureau, traducido por Wladimir Guerrero.* – El interés que en todo tiempo ha tenido cuanto con la agricultura se relaciona aumenta por modo considerable en momentos como los actuales en que las naciones europeas y americanas, llevadas de un egoísmo mal entendido, se aperciben á una lucha económica cuyos funestos resultados se tocan ya y se dejarán sentir más intensamente cada día. En estas circunstancias, todo lo que tienda á ensanchar la esfera de producción de un país ofrece especial importancia y merece atento y meditado estudio. El cultivo de la remolacha azucarera ofrece por esta razón anchos horizontes á la industria agrícola de nuestra patria, y el Sr. Guerrero, distinguido ingeniero agrónomo, ha prestado á la misma un buen servicio vertiendo á nuestro idioma la excelente obra de M. Jorge Dureau y anotándola considerablemente.

El libro, que lleva ocho hermosas fototipias, se vende al precio de 8 pesetas en Granada, en la librería de los Sres. Viuda é Hijos de P. V. Sabatel (Mesones, 52) y al de 9 en las demás principales de España.

***

MARIDO Y MUJER, *por el conde León Tolstoi.* – La justa y universal nombradía conquistada en el mundo literario por el noble ruso que despreciando los lujos y costumbres mundanos, causa según él de la casi totalidad de los males que afligen á la humanidad, se ha retirado al campo á predicar con el ejemplo las excelencias de una vida austera y laboriosa, es prenda segura de la bondad de las obras que de su pluma salen. *Marido y mujer* es una novela interesantísima, sencilla, admirablemente concebida y desarrollada y que entraña un pensamiento profundo y una lección elocuente de las causas que insensiblemente pueden convertir en una afección poco distante de la frialdad el más apasionado cariño de los esposos.

El libro elegantemente editado por los señores Sáenz de Jubera hermanos, de Madrid, forma parte de la Colección de libros escogidos y se vende en las principales librerías al precio de 3 pesetas.



DON EVARISTO ARNÚS, estatua en bronce, obra de D. Pedro Carbonell, fundida en los talleres de los Sres. Cabot, de Barcelona

***

ESTUDIOS JURÍDICOS, *por Robustiano Vera.* – El ilustre jurisconsulto chileno Sr. Vera ha emprendido desde hace algunos años la noble tarea de difundir en el extranjero el conocimiento de la legislación de su patria, y para ello no ha cesado de publicar en revistas españolas, francesas, italianas, austriacas y americanas interesantísimos estudios sobre importantes temas jurídicos, que le han valido generales elogios. Algunos de ellos han sido coleccionados recientemente en Chile y el tomo en que aparecen reunidos ofrece no poco interés para todos los que á la ciencia del derecho se dedican.

El Sr. Vera es autor de infinidad de obras de derecho, de cuya enumeración prescindimos porque nos obligaría á traspasar los límites de esta sección.

***

ZARAGOZA ARTÍSTICA, MONUMENTAL É HISTÓRICA, *por A. y P. Gascón de Gotor.* – Hemos recibido los cuadernos 46 y 47 de esta interesante obra, que contienen, además del notable texto, cuatro excelentes fototipias que representan: arcos árabes del palacio de la Aljafería; la cúpula de la iglesia de San Miguel, parroquieta de la Seo; tres capiteles árabes de la Aljafería, existentes en el Museo Provincial de Zaragoza, y un fragmento árabe de un ancho friso superior del castillo de la Aljafería, que se conserva también en el referido Museo.

Suscríbese á esta obra, digna de figurar en las mejores bibliotecas, en casa de los autores, Contamina, 25, 3.º, Zaragoza, y en Barcelona en la librería de D. Arturo Simón, Rambla de Canaletas, 5.

El precio de cada cuaderno (ocho páginas de texto y dos láminas sueltas en impresión fototípica) es de una peseta.

***

ULTIMA JORNADA CONTRA LA DICTADURA, *por Ismael Valdés Vergara,* Secretario general de la escuadra congresista chilena. – Constituye este libro una carta dirigida á D. Diego Barros Arana, en la que se hace una relación sumaria de las operaciones de la guerra civil en Chile desde 3 de julio á 28 de agosto de 1891, ó sea desde el levantamiento de la escuadra hasta la batalla de Placilla, que dió el triunfo definitivo á la causa constitucional.

Es una obra digna de ser leída por cuantos se han interesado en los últimos sucesos de la República chilena, pues en ella está tratado en vigoroso y sobrio estilo cuanto á los mismos se refiere.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN